



HISTORIAS DE **CORAZÓN VERDE**

Subcomisión de Mujeres
Club Ferro Carril Oeste



#MujeresVerdolagas



FERROCARRIL OESTE



HISTORIAS DE **CORAZÓN VERDE**

Subcomisión de Mujeres
Club Ferro Carril Oeste



#MujeresVerdolagas



FERROCARRIL OESTE

Título original: **Historias de Corazón Verde**

Primera Edición: Julio 2019

Buenos Aires, Argentina

Impreso en De Aloysis Artes Gráficas SRL

Buenos Aires, Argentina.

Idea y Producción: Carolina Llano para Subcomisión
de Mujeres de Ferro

Diseño de Tapa: Carla Carrara

Diagramación: Ariella Surasky

Los textos y el material fotográfico que integran esta edición, fueron cedidos por sus autoras a la Subcomisión de Mujeres de Ferro a efectos de ser presentados en este Libro, en el marco de la celebración del 115º Aniversario de la Institución.

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

“Somos las que heredamos estos colores y nos aferramos con ganas. Somos las sinvergüenzas, las de los asados, las de la popular. Somos las del básquet, las que celebran los logros del handball, las que ven crecer al futsal. Somos hinchas, socias. Somos fanáticas. Somos las que defendemos y transpiramos la camiseta. Somos jugadoras. Somos hijas, amigas, hermanas, parejas. Somos las eternas de la Sede, somos la que quieren a Ferro en primera. Somos las que sufren, las que lloran, las que se emocionan. Somos las de sangre verde, somos las que sienten. Somos las madres, las trabajadoras. Somos las que sueñan y acompañan. Somos las que discuten y somos las que exigen. Somos las que colgamos la bandera. Somos las nacidas y criadas en el Club y somos las que de a poco se van sumando. Somos deporte, somos esfuerzo, somos amigas y somos anécdotas. Somos también las ganas de que nos (re)conozcan. **Somos las Mujeres de Ferro”.**

Escriben

Virginia Alagia	Camila Hojman
Lucía Alcaide	Lucía Hojman
Julieta Almeida	Paula Hojman
Ángeles Barreto	Fabiana Iturbide
Rocío Bernardez	Sofía Lancellotti Almeida
Maria Inés Canabal	Agustina Latrónico
Camila Carrara	Lourdes Avril Lobo
Carla Carrara	Carolina Llano
Andrea Casabal	Anna Méndez
Daniela Contrera	Myriam Miragaya
Malena L. Corzo	Estela Beatriz Norbis
Victoria Crivelli	Danila Pagano
Adriana Cuerda	Silvina Pavicich
Mariana Di Vita	Paula
Juliana Falasca	Alejandra Quirch
Mónica Fiore	Lorena Riccio
María Belén Fernández Moreno	Rosario Sartirana
Yamila Gale	Beatriz Sarlo
Guadalupe Giménez	Nur Schweitzer
Patricia Hadid	Nadia Mileva Solodkow
	Oriana Vignolle

**A todas las niñas y a todas las
mujeres que llevan la sangre verde.**

**Y al Club Ferro Carril Oeste, por
115 años de amor inquebrantable.**

Índice

Alejandra Quirch	13
PARAÍSO VERDE	
Adriana Cuerda	17
FERRO: MI VIDA, MI FAMILIA Y MI HOGAR	
Lorena Riccio	21
DE CHIQUITO MI VIEJA...	
Julieta Almeida	23
POR MI MAMÁ TE CONOCÍ, VOS NO SABÉS LO QUE SENTÍ...	
Rocío Bernardez	25
LA SANGRE ES VERDE	
Lucía Alcaide	27
LA PROMESA	
Andrea Casabal	31
FERRO IMÁGENES	
Fabiana Iturbide	33
VERDE	
Guadalupe Giménez	35
LOS COLORES CON LOS QUE CRECÍ	
Daniela Contrera	37
MI HISTORIA CON FERRO	
Virginia Alagia	39
SOY DEL VERDE	
Agustina Latrónico	41
SUEÑOS	
Sofía Lancellotti Almeida	43
SIEMPRE VERDE	
Juliana Falasca	45
EN POCO TIEMPO	
Paula, Lucía y Camila Hojman	47
NUESTRO RITUAL	



Danila Pagano	51
LAS PIBAS DEL CLUB	
Carla Carrara	53
MI QUERIDO PLAYÓN	
Ángeles Barreto	55
NO TIENE EXPLICACIÓN	
Lourdes Avril Lobo	57
-Dibujo-	
Rosario Sartirana	59
QUERIDA TRIBUNA	
Nadia Mileva Solodkow	61
ESCUDO VERDE CONTRA ZOMBIES	
Malena L. Corzo	65
CIELITO VERDOLAGA	
Silvina Pavicich	67
MI HISTORIA EN FERRO	
Maria Inés Canabal	69
VERDE TODA LA VIDA	
Mariana Di Vita	73
FERRO, AMOR Y FAMILIA	
Beatriz Sarlo	77
TIEMPO DE FERRO	
Nur Schweitzer	79
BREVE RELATO SOBRE UNA VIDA EN COLOR VERDE	
Oriana Vignolle	81
MI CAMINO VERDE	
Mónica Fiore	83
LA PENSIÓN DEL ANEXO	
Patricia Hadid	87
SER	
Paula	89
VOLVER	
María Belén Fernández Moreno	91
AMIGOS Y MOMENTOS	
Estela Beatriz Norbis	95
MEMORIAS VERDOLAGAS	

HISTORIAS DE CORAZÓN VERDE
#MujeresVerdolagas

Estela Beatriz Norbis	101
POEMA XXXIV	
Estela Beatriz Norbis	103
POEMA XLVI	
Camila Carrara	105
FERRO, MI SEGUNDA CASA	
Carolina Llano	107
TODO LO QUE VIVO, TODO LO QUE SUEÑO	
Yamila Gale	109
SI HABLAMOS DE HERENCIA DEBO SUMARME...	
Anna Méndez	113
EL AMOR EN LOS PIES	
Victoria Crivelli	115
EL MEJOR LUGAR PARA ESTAR	
Myriam Miragaya	117
MI TERCER TIEMPO, MI VIDA	

Alejandra Quirch

PARAÍSO VERDE

No recuerdo bien si fue al año 1985 o 1986 cuando lo conocí. Lo que si recuerdo bien es que estaba terminando la primavera y todo es más lindo en esa estación.

Le decían el Paraíso Verde y sí que lo era. Verde que te quiero verde, en cada rincón, por todos lados, arriba y abajo, un césped y una arboleda que invitaban a cualquier actividad al aire libre.

Ese sábado fuimos en familia a pasar el día y me deslumbró. “En un par de semanas abre la pileta”, dijo mi cuñado. “¿Ya la vieron? Ni punto de comparación con la de la Sede”.

Y hacia allá fuimos, y bueno, fue amor a primera vista y eso que estaba vacía.

Todo me parecía hermoso, hasta el aire era distinto allá. Ese fue el puntapié inicial, como dicen en fútbol.

Comenzamos a ir cada vez más seguido y fuimos ampliando la familia. Nacieron mis sobrinos y después mis hijos, y ahí nos convertimos en socios del club. Y empezaron los veranos en Ponte, como nos gustaba decirle. Como ya no alcanzaba ir por un día, nos compramos una carpa para poder quedarnos en el camping. Con esa carpa se iniciaban las verdaderas aventuras en vacaciones y los lazos infinitos que nos unieron para siempre con ese lugar maravilloso y con su gente.



Pasamos de todo: calor intenso, noches de frío gélido, tormentas que inundaban todo el predio (y hasta nuestras carpas, recuerdo la colchoneta de mi hijo flotando en la lluvia).

En esos momentos envidiábamos -no tan sanamente- a los dueños de las casas rodantes, que al menos estaban elevados del piso y mucho más secos que nosotros.

Luego de una noche de tormentas intensas nos decidimos a comprar una casa rodante que estaba en venta justo a la entrada del sector de camping. Era chiquita, con muy poco espacio, pero para nosotros era como un palacio. No fue la mejor época para el país, se terminaba un milenio y Argentina se derrumbaba, pero Ponte era nuestro cable a tierra.

Las mesas amarillas, los quinchos abiertos, el viejito que vendía berenjenas caseras, todas partes de nuestros fines de semanas veraniegos. Los chicos se levantaban temprano para desayunar y esperar ansiosos la apertura de la pileta. Todo era una aventura, ir caminando por el caminito de la pérgola que iba hacia la pileta y las canchas, entrar a los vestuarios enormes, buscar un lugar con sombra para resguardarse del sol y llevar el equipo de mate para compartir con amigos en el sólarium.

Mis hijos y mis sobrinos aprendieron a nadar en esa pileta. Había fines de semana de lleno total en el predio, hasta se armaban mesas en cualquier lado y aun así se podía conseguir lugar para disfrutar tanto en el pasto como en las piletas.

Recuerdo los asados familiares y los sandwichitos cuando hacía mucho calor para cocinar. ¿Cómo no recordarla cada día con cariño y añoranza?

Los amigos. Un capítulo aparte. Veíamos gente reunida en los quinchos, armando comidas, reservando mesas. Nos acercábamos tímidamente al principio, la excusa era pedir algo y entablar conversación. “¿Lo conoces al papá de Juan? ¿Vos sos la mamá de Jesi?”, nos preguntaban.

Nuestros hijos se hacían amigos rápidamente y así nos fuimos relacionando, metiéndonos en el grupo. “¿Tienen algo para poner en la parrilla? Vamos a prender fuego.” Y otro día era: “¿Se prenden para amasar unas pizzas todos juntos?”.

Arrancaron los chistes, las complicidades, las noches eternas jugando Burako o Rummy, los fogones y las conversaciones hasta tardísimo, los cumpleaños. Gente que llegaba, gente que se iba, gente que sigue en nuestras vidas hasta ahora.

Hubo un verano en especial que fue inolvidable porque nos acercó a gente muy diversa en cuanto a edades y realidades pero que nos hizo pasar momentos imborrables gracias a tantas risas y anécdotas. Fue ese año en el que nos hicimos “dueños” del quincho abierto, copado por las banderas de la banda de los chicos que no sólo lo decoraba, sino que nos protegía del viento. Bolsos por todos lados, toallones colgando del techo, zapatillas y ojotas desparramadas, un lindo despiole. Esa mezcla de juventud y madurez en ese grupo tan heterogéneo era explosiva en el buen sentido y nos contagió alegría en épocas bravas para muchos de nosotros.

Fue el verano del melón con sidra, de aprender a jugar Beach Vóley en la canchita armada al lado de la pileta, de la fiesta de disfraces en la pileta, de las mateadas nocturnas. La pérgola, los árboles de moras que estaban en un costado, las canchitas, la hermosa casona que nos albergó con su



restaurant, la plaza con sus juegos coloridos los caminos arbolados, la granjita, todos lugares especiales con vivencias muy nuestras. Son como fotos marcadas a fuego en nuestra memoria.

El destino quiso que ya no tengamos la casa rodante ni vayamos tan seguido como quisiéramos, pero nada va a borrar todo lo vivido.

Ojalá las nuevas generaciones puedan disfrutar del Paraíso Verde tanto como lo hicimos nosotros. Y les puedo asegurar que cada vez que voy o veo una foto de Ponte, cada recuerdo cobra vida y me remite a esas épocas tan felices. Pura alegría verde.

Adriana Cuerda

FERRO: MI VIDA, MI FAMILIA Y MI HOGAR

Nací en Caballito y viví en un departamento segundo piso por escalera, lindo, cómodo, sin balcón ni patio. Bueno, patio tenía: Ferro.

El Club fue mi patio, mi balcón, mis amigos, mis logros, mis fracasos, todo... Lo fue todo.

A Ferro iba todos los días a la salida del colegio y los fines de semana desde tempranito hasta la noche. Mis viejos vivían en el Club también, primero haciendo deporte y, con el tiempo, su deporte se convirtió en la “Sala de Juego”, a puro truco y canasta, arriba por la escalera de la cancha de pelota paleta, al fondo.

Allá por los años ‘70, la palmera y el mástil (que ya no está) eran las “casa” de las Escondidas y el refugio de los “Poliladron”. Bajo la palmera recuerdo tardes en que mi mamá me hacía tomar el jugo o el licuado cuando salía de la colonia.

La Colonia... pasé por todas las letras, A, B y C, que después combinaban con el 1, 2 o 3, y demás. Recuerdo que hacían cola por la calle los padres que querían inscribir a sus hijos en la emblemática “Colonia de Ferro”.

¡Qué nervios elegir entre Tehuelche y Comechingón! Para mí, lo más lindo era ser Tehuelche, porque el escudo era rojo y con un toro. Los Comechingones eran ganadores, pero el escudo, la verdad, no era muy bueno.



La pileta de la Colonia era genial. O para mí lo era, iporque era Tiburón! Era lo más cercano al éxito que podía alcanzar. Pero me apenaban un poco los que tenían “O” (cero), porque quería decir que no sabían nadar y, en ese entonces, eso era tremendo. Después venía, Hipocampo, Pez Volador y Tiburón, que casi siempre estaba formado por los chicos y las chicas del equipo de natación de Ferro, como yo. Recuerdo haber ido de vacaciones a Mar del Plata y ver chicos en la playa con el escudo de Ferro cosido en el traje de baño; era la marca registrada: ibas a la Colonia de Ferro.

Fui parte del equipo pre-infantil de natación siendo muy, muy chiquita. Nadaba pecho como mi hermano y por eso entré en el equipo. Gané varios torneos, pero tenía pánico al disparo: en esa época era así. ¡Ah! No existía la pileta del fondo, eso era un patio donde patinábamos y jugábamos. El final era en la pileta chica con una hermosa fuente de la que caía agua, creo que era verde.

Un día me encontré entrenando en tenis. Dejé natación, entré al equipo y luego, como los días de lluvia también se iba al club, empecé a jugar Tenis de Mesa. Ahí me quedé sólo con eso y fui feliz, muy feliz, con amigas entrañables que aún conservo.

Con “la barra” de pibes y pibas arrancábamos desde la mañana y seguíamos en Ferro hasta la noche. Los sábados casi siempre se cenaba en el bar. Cumpleaños, en el bar. Meriendas, en el bar. Almuerzos, en el bar... Y cuenta corriente en el bar: a fin de mes, pagaba mi papá.

La terracita fue testigo de la primera declaración de amor, con la obvia respuesta de... “mi mamá no me deja”. Con el tiempo, llegaron el primer noviequito y el primer beso, todo en el Club.

Ferro me dio la posibilidad de viajar, de lucir sus colores por varias provincias y, lo más importante, de la mano de Ferro logré representar al país en torneos internacionales.

Hoy, ya sesentona, me siento plena al saber que mis 4 hijos vivieron y viven el Club tanto como yo, y lo llevan ahí apretadito en el corazón. Y me enorgullece sobre todo mi hija, que levanta la bandera verdolaga esté donde esté, haciendo sonar el tan necesario: “de Ferro como mi Mamá”.

De aquella época, lo que falta ahora son los logros futbolísticos. Pero la esencia de Ferro sigue viva. Ferro es deporte, Ferro es pasión, Ferro realmente es un sentimiento.

Solo me falta decir, con mucho orgullo: Yo tengo la sangre verde.

Lorena Riccio

DE CHIQUITO MI VIEJA...

Con tan solo unos meses
Y siendo madre adolescente
En la tribuna de oeste
Decidiste por los dos

No existió alambrado
Que separe tal evento
Ni miradas sorprendidas
Por aquella situación

Entre cantos y aliento
Entre bombos y platillos
Decidimos el momento
De ese vínculo divino

Ser mamá y ser hincha
Se fundieron en ese instante
Cuando tu llanto anunciaba
Que tenías hambre

No dude un segundo
En sentarme en los tablones
En fundir nuestras miradas
En sentir las vibraciones



Tus ganas se confundían
Con los ruidos del entorno
Que alentaban siempre al verde
Más allá del todo

Y en ese instante ser mamá
En ese momento ser hincha
Y en ese lugar encontrarme
Con tu bella sonrisa

Y así fuiste creciendo
Con estos eventos
Que se daban cada finde
Siempre en el templo

Con el tiempo la tribuna
Fue tu lugar de juegos
Donde hiciste amigos
Y buenos compañeros

Y la historia se repite
Como en aquel momento
Y las sensaciones se renuevan
Con el mismo sentimiento

La llegada de tu hermano
Refrescaron las miradas
Y con ritmo popular
Me sentaba en las gradas

Le doy gracias a la vida
Por encontrarnos aquel día
Por momentos como éste
Que vivimos con oeste

Julieta Almeida

POR MI MAMÁ TE CONOCÍ, VOS NO SABÉS LO QUE SENTÍ...

Soy de Ferro desde antes de nacer... Mi mamá era socia y hasta el día anterior a que yo naciera, en febrero del 77, iba a la pileta a nadar. Siempre cuenta que antes de saber que estaba embarazada de mí, se cayó de los espaldares que estaban en los gimnasios.

Fui colona desde los 3 años hasta los 14, de Taponcito al Mixto, todos los veranos. Usaba bombachón y la remera del Club... Y el escudito cosido a la malla que decía si eras principiante o delfín. Siempre fui comechingona y amaba ir a Pontevedra y la fiesta del color. En esa época, se teñían las remeras con anilina del color que te tocaba.

A los 12 o 13, cuando el grupo era mixto y surgían los amorcitos de verano, tuvimos bailes en las correderas y muchas risas. Me encantaba, verano a verano, reencontrarme con amigas que todavía conservo.

De más grande, iba a las clases de gimnasia con mi mamá. Un tiempo después, a mis veintipico, me mudé del barrio y formé mi propia familia. Por unos años dejé el Club, pero volví a asociarme siendo mamá.

A los 4 años de mi hija, ella empezó la Colonia. No les puedo explicar la emoción que sentí al ir a la primera reunión de padres. Hoy mi hija tiene 11 años y me acompaña siempre



que puede a mis clases de gimnasia. Otros años se anotó en natación, actividad que le encanta.

Vamos juntas a la cancha, con familia y amigos. Y siempre pensamos que la canción debería decir "por mí mamá te conocí, vos no sabés lo que sentí..." .

Nuestro corazón es verde, en todo sentido.

Rocío Bernardez

LA SANGRE ES VERDE

Mi relación con Ferro empieza desde antes de nacer. Mis viejos se conocieron ahí en los 80, laburando como profesores en las famosas vacaciones alegres. Para cuando mi hermana y yo llegamos al mundo todo en casa tenía que ver con Ferro...

En el año '95 se abría primer grado en el club y como no podía ser de otra manera, a pesar de que mi hermana (mayor que yo) fuese a otro colegio del barrio, mi destino indicaba que yo iría si o si al colegio de Ferro, donde pasé la primaria completa. Única promoción que egresó en el 2001 ya que luego, con la crisis económica, cerró. Años imborrables y felices.

Durante toda mi infancia mis días eran completos en Ferro. El colegio, el trabajo de papá o mamá (a quienes debía esperar a que terminaran sus largas jornadas laborales para volver a casa) y el deporte: el handball. El handball que también era el deporte de papá desde chiquito, el que finalmente elegí después de haber probado casi todos los que había.

En el verano tampoco faltaba el club, las vacaciones alegres, o para mi época ya “eco verano” no se negociaban. Mi hermana y yo disfrutábamos mucho de todo lo que la colonia tenía: Pontevedra, la pileta, la fiesta del color y los amigos que te reencontrabas cada nuevo verano. Luego, un poco más grandes, llegaba el momento de ser “adalid” o “líder” y unos años después simplemente ir a pileta libre donde nacían grandes nuevas amistades y también grandes amores. Pasábamos horas y horas en la sede entre la pileta,



el patio de atrás y el “bar natural” donde disfrutábamos de los mejores conos de papas fritas del mundo.

Mi vocación como profe de educación física nace también con el club. Un poco por ver a mis papás haciéndola y otro poco por admirar la tarea docente de muchxs de lxs profes que me habían tocado tener en la escuela y tantas otras actividades. Sabía desde chica que además de todo lo que ya me unía a ferro, también quería trabajar ahí.

Mi amor por el club, entre mi infancia y adolescencia, ya estaba marcado. Pero lo que me mantuvo siempre en su cotidaneidad hasta el día de hoy fue el deporte. El deporte que me dio y me sigue dando todo, donde forjé más aun mi vocación de profe, donde me desarollé como deportista, donde aprendí valores y viví las emociones más intensas y donde hice las amistades más valiosas. Por el deporte no paso casi ni un día sin ir a Ferro. Y cuando toca descansar, qué raro se siente no ir al club. Pero siempre se encuentra una buena excusa: ir a la cancha, hacer un asado en las parrillas, ver al básquet, comer en el restaurante de la sede o simplemente tomar algo con amigas en el quincho.

Somos de FERRO, no hay otra. No podemos estar lejos del club. No queremos estar lejos del club. El club es nuestra casa, la familia, lxs amigxs. El lugar donde nos sentimos felices, donde olemos la infancia, donde reímos, donde recordamos momentos. El lugar donde crecimos y queremos que crezcan nuestros hijxs. El lugar donde queremos estar SIEMPRE.

Lucía Alcaide

LA PROMESA

Mi tatarabuelo era de Ferrocarril Oeste. Probablemente el primero de la familia Alesio. Mi bisabuela y su hermano, también. De hecho, este tío jugó en la primera de Ferro y, aunque no lo conocí, es orgullo familiar... o eso veía en los ojos de mi Nono cada vez que le brillaban hablando de eso. Mi abuelo, Osvaldo Pascual Alcaide, quiso repetir la hazaña de su tío pero, aunque lo llevó a probarse, no quedó y tuvo que conformarse con Lanús.

Mi abuelo es la persona más fan de Ferro que conocí en mi vida. Siempre tenía que mirar los partidos en el mismo lugar de la cancha o de la casa, si ganaba con la misma gente, si llegaba a perder podía arruinarse su humor por el día entero e incluso días. Él pensaba en verde. Todo estaba relacionado con Ferro y el verde. Si había un concursante en un programa de preguntas y respuestas con ropa verde, alentaba por ese "porque era de Ferro". Si un famoso era sabido que era de Ferro, miraba todos sus programas. Si te ponías algo verde, para él, ya eras de Ferro.

Mi abuelo tuvo 3 hijos, uno de esos mi papá y, por herencia, también fuimos de Ferro con mis hermanos. Aunque cuando nacimos ya habían pasado los dos campeonatos en los que Ferro salió campeón, con mi abuelo, mi papá y mi primo en la cancha.

En mi casa, en mi habitación de la infancia, había un póster de Ferro con un tren. Yo nunca había asociado a Ferro con el



tren. Ferro era un ente propio, era esa locura que tenía mi abuelo.

Hubo un tiempo de mi infancia, antes de que Ferro dejase la primera del fútbol nacional, que dejé de ser de Ferro. Me molestaba esa herencia tonta de que, si el hombre es de tal club, los hijos también tienen que ser del mismo club. Así que a los 8 años decidí cambiarme al club del que era hincha mi mamá. Pero seguía siendo hincha del básquet y usaba la remera de Ferro que tenía con Bugs Bunny y el Pato Lucas. También solía pelear con los que eran hinchas de Vélez en el colegio. Pero se fue difuminando.

Mi abuelo siguió siendo tan fan como siempre, incluso en las malas. Su vida era Ferro, se había mudado a Córdoba pero era de lo único de lo que hablaba cuando lo llamaba: de eso y del bisnieto. En mi casa, mi hermano más grande heredó la locura de él y el mal humor cuando a Ferro le va mal. Mi papá a veces lo acompaña a la cancha.

Cuando yo tenía 23 años mi abuelo se enfermó. Viajé a verlo y cuando salí de terapia intensiva, hice en silencio una promesa. Si mi abuelo salía de esa, iba a volver a ser de Ferro.

Mi abuelo murió a las pocas semanas, sin importar mi promesa. Pero igualmente algo pasó. Ya no pude ignorar más a Ferro. Me hice hincha igual. Miraba los partidos, leía notas no solo sobre fútbol sino de otras disciplinas y hasta me encontré siguiendo en redes sociales a famosos, por ser de Ferro. Cómo mi abuelo hacía.

La primera vez que fui a la cancha de Ferro después de eso, a ver un partido de inferiores, me di cuenta definitivamente

que mi amor por Ferro y por Caballito estuvo siempre ahí. En mi sangre. Es eso que te hace emocionar cuando pasas por la cancha. Mi abuelo no tenía camiseta, nunca usó, no sabemos por qué. Para mí, por una cuestión de elegancia. Su adorno favorito del árbol de navidad de mi casa era un caballito verde. Siempre fue el mío también.

El año pasado que todo se inundó de verde por la campaña de la legalización del aborto, no pude dejar de pensar en que mi abuelo hubiera estado muy feliz de ver la ola verde por todas las calles. Porque para él, si usabas algo de verde, eras de Ferro.



Si alguna vez visitás Valle Hermoso en Córdoba, en el cementerio viejo, cuando entras lo primero que vas a ver a la derecha es el escudo de Ferrocarril Oeste, donde descansa mi abuelo. El hincha más lindo de mi mundo.

Andrea Casabal

FERRO IMÁGENES

- Primer día y mi papá enseñándome a patinar en el patio. Ahí nomás hacerme amiga de Mónica y Cachita.
- Tardes de invierno y mil abdominales en el entrepiso de cuerpo de cadetes con la profe Marinés.
- La Colonia (odiada) pero a la que le debo no hacer papelón en ningún deporte.
- Comechingona hasta la muerte.
- Los carnavales y Pappos Blues y Banana.
- La inauguración del Etchart y los juveniles pintados de dorado con clara de huevo (o algo así)
- Eternos rebotes en pruebas de deportes. Federada nunca.
- Licuados de banana con leche en jarra de plástico.
- Cerveza de tres cuartos a los dulces 16.
- Mi papá jugando al tenis con su amigo El loco y yendo a Escala del Saber una vez al mes.
- Corazón desbocado mirando al pibe que me gustaba (siempre los lindos eran de tenis).
- Bailes en el tercero y los lentes, los lentes, los lentes...
- Un armario de vestuario allanado por la policía de la dictadura.



- Besos en pelota paleta.
- Chicos malos que se quedaban del lado de afuera.
- El terror a Prado que te sacaba el carnet.
- Un novio con ojos de colores distintos.
- El porsche y sus bordes blancos /asientos fríos y gastados de tanto estar y delirar tardes enteras.
- Los festejos del Campeón en el 82.
- El chico que me gustaba (uno) reencontrado treinta años después y hoy ir juntos a la cancha.



Ferro: o de cómo una niña trasplantada de una casa en barrio tranquilo a departamento de Rivadavia y Emilio Mitre, encontró su segunda casa y se llenó de verde para siempre.

Fabiana Iturbide

VERDE

No nací VERDE. No crecí VERDE. Soy VERDE por adopción, por elección.

Porque desde el primer día que atravesé la puerta 6 con mis hijos, decidí inculcarles la identidad y la pertenencia con este Club y sus colores. Y así fue que su sangre se volvió VERDE y la mía también. Como si los hubiera vuelto a parir, pero ahora con sangre VERDE.

Porque no sólo eran VERDES el escudo y la bandera.

Porque no sólo era VERDE el césped del Templo y las barandas de la Catedral.

Porque no sólo era VERDE el playón que teñía de VERDE rodillas, pantalones y pitucones.

Porque no sólo eran VERDES las camisetas colgadas en mi terraza cuando me tocaba lavarlas, ni las medias a rayas de aquellas minis que hoy levantan sus pañuelos VERDES.

Porque no sólo eran VERDES las estructuras que cargaron los pibes para construir el Multi.

VERDES eran los útiles escolares, VERDES eran los cepillos de dientes, VERDES eran las velas de la fiesta de 15.

VERDE era, es y será, la vida de nuestra familia.

Porque el VERDE es casa, amistad, compromiso, emoción, solidaridad.

Porque ser del VERDE es saber que nunca vas a estar solo.

Porque sentirse VERDE significa luchar por lo que uno quiere y no bajar los brazos, aún en los peores momentos.

¿VERDE agua? ¿VERDE botella? ¿VERDE manzana? ¡Nooooo!

VERDE FERRO

Señores dejo todo, me voy a ver al VERDE....

Todo VERDE. Siempre VERDE. La sangre es VERDE.

Guadalupe Giménez (10 años)

LOS COLORES CON LOS QUE CRECÍ

Desde muy chiquita, empecé a venir a Ferro. A los dos años y medio, hice natación en el club. Mi hermano igual. Los profesores eran muy buenos y simpáticos.

Mi hermano Santi tenía cinco años y jugaba al hockey. Y a mí me encantaba ir a ver sus entrenamientos. A mis tres años, su profe me dejaba entrenar con ellos. Y allí conocí mi pasión. Amé el hockey desde entonces.

A los cuatro comencé hockey en Ferro. Y desde ese momento encontré mi amor hacia este hermoso deporte y hacia el club.

Fui creciendo con el corazón pintado de verde y defendiendo estos colores todos los sábados. Entrenaba con mi categoría los martes y jueves, y los miércoles y viernes





con los chicos. Mi mamá también comenzó hockey en las Mami hockey, así que iba toda la semana a Ferro.

En este club conocí a las mejores personas. Me hice una nueva familia llena de amigos y gente extraordinaria. Al club le debo todo. Todo el amor que me brindó.

Ferro, para mí, no es sólo un club donde voy a hacer un deporte.

Ferro, para mí, es mi casa, mi hogar. Es donde me enseñaron y me ayudaron a crecer, dentro y fuera de la cancha.

Me pinté el corazón de verde y blanco, y siempre va a estar así. De los colores que amo y siento. De los colores que me hicieron lo que soy. De los colores con los que crecí.



Daniela Contrera

MI HISTORIA CON FERRO

Me llamo Daniela Contrera y voy al club desde que estoy en la panza. Esta locura familiar nació en la época de los '80 cuando mi abuelo, Mauricio Contrera, se fue de su lugar de residencia a la gran ciudad para buscar trabajo. Ese camino luego lo recorrió mi papá, que se vino de muy chiquito a trabajar a Ferro y, años después, en 2012, comencé yo misma dando mis primeros pasos como profe en la Colonia de vacaciones. Gracias a mi abuelo puedo contar esta hermosa historia.

Mi primer vínculo con el club fue por la Colonia, en el año 94/95, cuando tenía 6 años. De ahí me quedaba después de hora para entrenar handball en los talleres gratuitos que se daban en aquel entonces. Comencé a hacerlo como un juego ya que lo practicaba mi hermana mayor, pero ya a mis 30 años se convirtió en mi pasión, en mi cable a tierra.

Con mi familia pasábamos más horas en Ferro que en nuestra casa. Y eso que nuestra casa no quedaba cerca del Club... Para ir a entrenar teníamos que tomar un colectivo y un tren. Ese viaje para mí era lo más normal del mundo y, además, era el mejor viaje que hacíamos, porque nos llevaba a Ferro. Empezamos viajando con nuestro abuelo, después empezamos a viajar con nuestra hermana mayor, Yanina.

De a poco empecé a hacer ese trayecto sola. Tenía 13 años y ya viajaba sola en el tren para ir a Ferro. Mamá me dejaba en la estación de Castelar y le avisaba a mi papá cuando me subía al tren. Papá en Caballito me pasaba a buscar.



En esos viajes que me tocó hacer sola nunca sentí miedo, o nunca veía el miedo: solamente veía que, haciendo ese viaje, iba a llegar al club para poder ver a mis amigas y jugar al handball.

Así, año tras año, fui realizando ese viaje para ir a entrenar, para ir a la cancha o para ir a jugar y ser feliz en el lugar que me llenaba en todos los aspectos.

Tuve la suerte de llegar a jugar en la Primera de handball, de formar parte del equipo de las chicas súper campeonas. Tuve y tengo la suerte de ser parte de esa gran familia que deja todo por la pasión que sentimos, por el handball y por Ferro.

No toda mi trayectoria dentro de Ferro fue con el handball, sino que es todo Ferro en su conjunto. Las amistades de la cancha... somos un grupo hermoso y cada vez más numeroso de mujeres que nos hacemos presentes en las tribunas.

Desde chiquitos que íbamos a la cancha con mi papá y mis hermanos. Pero a los 14/15 años empezamos a ir con mis hermanos, Rodrigo y Yani, solos a la popular. Ahí hicimos amigos y conocimos gente con la que recorrimos algunas rutas para alentar a Ferro de visitante, en los micros... Qué lindas épocas esas de juntarnos todos en la puerta del club para ir alentar a Ferro.

Desde el 2013 nuestra familia creció y tenemos una nueva integrante verdolaga: Oriana, mi sobrina. Ella también está contando su historia desde la cuna en este maravilloso club. Con ella vamos a la cancha, alentamos a Ferro en todos sus deportes, y sigue los mismos pasos de ir a la Colonia, de jugar al handball y de sentir al Club como su lugar de pertenencia.

Esta locura hermosa de tener la sangre verde desde que nacés, es una condición de vida. Es mi condición de vida... de la cuna, hasta el cajón.

Virginia Alagia

SOY DEL VERDE

De pequeña me asociaron
A nuestro querido Club.
Algunos años pasaron
Tan solo sesenta y dos.

De Infantil a Vitalicia
Cuantas cosas he vivido.
Difícil de olvidar
El camino recorrido.

Aprendimos a jugar
Haciendo nuevos amigos.
El mástil fue nuestro punto
De “piedras libres” y escondidos.

Eran tribus rivales
Tehuelches y Comechingones.
En las vacaciones alegres
Campamentos y fogones.

A mi memoria viene
Aquel incendio fatal
Que destruyo una parte
De nuestro segundo hogar.

Varios deportes practiqué
La camiseta transpiré.
Con orgullo y con pasión
Ferro te llevo en mi corazón



FERROCARRIL OESTE

Amigos que coseché
Y volvimos a encontrarnos.
Recordando las aventuras
Nos seguimos asombrando

Cuanta historia habrá
Escondida entre tus paredes.
Nuestro refugio serás
Rodeándonos en tus redes.

Afectos que ya no están
Dejaron recuerdos bellos.
En nuestro querido Club
Hay una parte de ellos.

Soy del Verde
El color es mi pasión
Soy de Ferro
Oeste de mi corazón



Agustina Latrónico

SUEÑOS

¿Qué sueño para mi vida? ¿Qué sueños pude cumplir?
¿Cómo voy en busca de mis sueños? Éstas y tantas otras,
son preguntas que seguramente muchos nos hacemos o nos
hicimos alguna vez.

Habrá tantas maneras de ir en busca de ellos como personas
que se atreven a soñar, porque como nos gusta cantar con
mi hermana, "qué lindo es soñar, soñar no cuesta nada" y de
eso se trata un poco la vida, buscar aquellas cosas que nos
alegran el corazón.

Y si de sueños hablamos, estoy totalmente convencida de
que muchos y muchas de las personas que escribieron, que
leyeron este libro y que forman parte de Ferro han cumplido
muchos, o que estos colores les han alegrado el corazón
intensamente más de una vez.

Cuando mi mamá y mi papá decidieron asociarme, no quería
saber nada (siempre me costaron los cambios). Hoy lo único
que sé, es que fue la decisión más certera e importante que
tomaron para mi vida. Mamá de deporte mucho no entendía,
pero siempre me dijo que la camiseta hay que respetarla.
Siento que hasta el día de hoy la cuido y la respeto, má.
Porque... ¿cómo no cuidar y respetar al lugar que te cumplió
los sueños?

Ferro me marcó el camino, Ferro me enseñó que todo es
más lindo en equipo. Y acá me van tener que perdonar que
me agrande un poquito. Tengo al mejor equipo del mundo, a
veces se ponen un poco bravas, pero son las personas más
maravillosas e incondicionales que se pueda tener.



Algunas, varias veces creemos que "no vamos mucho al club". Yo creo que el club está con nosotras todo el tiempo, en la honestidad, solidaridad, lealtad, compromiso... valores que aprendimos siendo muy chiquitas y que hoy en día cada una de nosotras sostenemos en nuestra vida adulta. Somos Ferro y el club está en nosotras, nuestra sangre es verde y lo celebramos en cada abrazo, risa y anécdota y sobre todo en las malas, porque en las malas de verdad, no se abandona jamás.

Ferro no solo me cumplió muchos sueños, sino que también me enseñó cómo ir en busca de ellos. Asumo el compromiso diario de poder de transmitir aunque sea un poco de todo lo que Ferro me dio. Promuevo el esfuerzo para lograr metas sin importar el resultado. Me llena de emoción ver a mis alumnos disfrutar y superar obstáculos juntos, se me alegra el corazón al ver que son capaces de sacrificarse para ayudar al que tienen al lado. En cada uno de esos gestos veo un poco de verde y sonrío.

Ferro me cumplió el sueño de pertenecer, de tener una identidad marcada por valores aprendidos en un playón, de darme un grupo increíble de amigas para toda la vida, de compartir días enteros con mi familia, de haber tenido la infancia más feliz de todas y de seguir soñando que algún día mis hijos/as y los de mis amigas puedan ser tan felices como lo fuimos y lo somos nosotras gracias al club.

Deseo que todos tengan un Ferro en sus vidas, un lugar que los haga sentir plenos y orgullosos, un lugar lleno de recuerdos y anécdotas que los hagan sonreír...

Te doy gracias a vos Ferro por amigas y momentos. Te doy gracias a vos Ferro por hacerme ser quién soy. Te doy gracias a vos Ferro por cumplirme los sueños.

Sofía Lancellotti Almeida (11 años) SIEMPRE VERDE

Soy Sofi, tengo 11 años y desde que nací mi corazón es verde.

Empecé a ir a la Colonia de Ferro desde los 4 años y todavía lo sigo haciendo.

A los 7 años comencé las clases de natación. Dejé de ir, pero les puedo asegurar que fue una experiencia genial.

Todavía soy chica, me quedan muchos años por vivir junto a Ferro, para seguir construyendo hermosos recuerdos en un hermoso Club.

Juliana Falasca EN POCO TIEMPO

Pisé el club por primera vez en el 2005. Tenía 15 años y quería probarme en handball. Fui a un playón, un espacio que aún no había visto todavía su más hermosa transformación. Me crucé con personas que fueron principales responsables de algunos de los cambios que iban a venir y que hoy para mí son cotidianeidad.

Pero ese no fue el momento para que yo sea parte de la institución, ni del grupo. Pero hubo algo que me gustó. Y jamás me imaginé todo lo que me esperaba...

Volví 8 años más tarde. Diferente. Había dejado el deporte y cursaba el último año de la facultad. Insistí una vez más en handball. Esta vez, en una categoría nueva hecha para ex jugadoras y gente como yo, que gustaba de jugar. Un proyecto creado por algunas de las personas que había conocido años atrás y que ahora me invitaban a ser parte.

En ese nuevo primer día, sentí que estaba donde tenía que estar. Feliz de reencontrarme con el deporte. Pero también compartiendo esa misma energía con personas que habían vuelto a jugar en su club después de haber sido maltratadas por algunos dirigentes de esa disciplina. Eran todas sonrisas. De a poco nos fuimos armando y consolidando como equipo.

Para mí no fue el mejor comienzo. Cuando ya estábamos listas para las primeras competencias sufrí una lesión en el



hombro que me llevo a operarme y perderme ese arranque. Pero que lejos de dejarme afuera, me hizo ser parte desde otro lado.

En poco tiempo ya era de Ferro. Quería estar siempre ahí. No importaba el rol. Aunque no podía jugar siempre había algo para hacer, sumar y compartir.

Mis compañeras y hoy amigas, me contaron la historia del club. Me llevaron a la cancha. Me enseñaron los valores que hay detrás del escudo. Me invitaron a ser parte de muchísimas experiencias. Desde los incontables asados en el quincho, viajes de deportes, días en Pontevedra y hasta experiencias como la de acompañar a las representantes verdolagas del handball en los Juegos Olímpicos de Río 2016.

Viví hechos históricos. De esos que te erizan la piel y hasta te hacen llorar de emoción. Caminé, canté y festejé por las calles del barrio teñidas de verde cuando Ferro levantó la quiebra y volvió a ser de lxs socixs. Más tarde, la inauguración del multideportivo que reemplazó al antiguo playón. Un estadio, un lugar soñado y ahora palpable. Y hasta tuve la suerte de presenciar, desde la cabina del templo, la primera “voz del estadio femenina” de Ferro. Una voz que anunciaba la llegada del feminismo a la institución. El club crecía y yo a la par. Aprendí otro deporte más, futsal, y desarrollé aptitudes que ni yo sabía que tenía.

Hoy en día y gracias a la misma gente que conocí allá por el 2005, formo parte de la Subcomisión de Mujeres. Ellas crearon un espacio necesario y de suma importancia que, con mucho trabajo concientiza, afronta realidades y hace crecer los valores del club.

Sin dudas Ferro saca lo mejor de mí, en todos los sentidos. Y en poco tiempo fue, y ahora para siempre será, mi casa.

Paula, Lucía y Camila Hojman

NUESTRO RITUAL

Somos tres hermanas, Camila, Lulú y Paula. Crecimos en Liniers, por lo que ser de Ferro siempre fue considerado como algo “raro” para nuestros distintos ámbitos. Raro, pero también característico. Nuestro corazón es verde gracias a nuestro papá, él sí transcurrió su infancia y adolescencia en el club y nosotras crecimos escuchando sus historias del grupo juvenil, de los campamentos, de la colonia, de cuando Ferro salió campeón, entre otras. Nuestra mamá fue socia también, pasó algunos veranos en la pileta.

Aunque de chiquitas crecimos lejos, nos acercábamos a ver los partidos los fines de semana. No nos acordamos cuándo fue la primera vez; las tres fuimos a la cancha desde bebés. Y queremos compartir algunos de nuestros más lindos recuerdos del club:

Queríamos la camiseta, teníamos 5 o 4 años. Por algún motivo nuestro papá nos compró la remera de la colonia de Ferro y la gorra, para nosotras esa era la camiseta y la llevábamos orgullosas. A Cami se le cayó la gorra entre los tablones de la popular, fue muy triste. Pero no fue a la única a la que se le cayeron cosas: a Pau se le cayó una zapatilla desde la platea para abajo, pero ella sí pudo recuperarla, un alcanza pelotas nos la devolvió.

Una vez, después de un partido de Ferro por el año 2002 aproximadamente, habiéndonos metido en el auto para irnos, notamos que el Pupi Salmerón estaba atrás nuestro



tratando de conseguir un taxi. Lulú fue corriendo con un papel y una lapicera y le dijo: “¿Me das un autógrafo?”. Obvio que aceptó y se rio por el hecho de que dijo “autógrafo”. Hoy tiene una foto suya dentro de la libreta de la facultad, a la que llamó “El Pupi de la suerte”.

El Pupi para nosotras fue el mejor jugador. Siempre accediendo a mandarnos saludos de cumpleaños, y a saludarnos. Fue muy triste cuando se fue.

Al vivir en Liniers, por cuestiones de cercanía, fuimos a la secundaria de Vélez, en la cual está prohibido llevar objetos de otros equipos. Obvio que siempre fuimos con pulseras, prendedores y collares de Ferro igual.

Ser mujer y ser de Ferro estaba visto como que no entendíamos nada del fútbol. Nos bancamos que nos carguen, pero a cada comentario ajeno se nos venía un “no lo traten de entender”, porque es algo que pocos sabemos.

En el 2015, cuando Ferro salió de la quiebra, fuimos a la marcha de festejo y nos llenamos de felicidad. Ferro por fin volvía a ser de los socios. En el mismo año se nos dio un buen torneo y apareció la esperanza que de alguna forma todos los años aparecía, pero esta vez más fuerte que nunca. Ahí estuvimos. Todos los partidos, bancando más que nunca. Cuando perdimos contra Santamarina nos quedamos las tres sentadas en la tribuna de la popular, llorando con nuestro papá. Pocas veces lo vimos llorar, pero fue una desilusión que dolió en el corazón. Estuvimos siempre, desde los tablones de madera, desde que jugamos contra River en San Lorenzo y era un espectáculo. Salimos 0-0 y no podíamos creer que no habíamos perdido con River. Para nosotras era una victoria. También fuimos contra Rosario Central en Huracán, en alguna instancia de la Copa Argentina, perdimos por penales, otro sufrimiento. Porque ser de Ferro es sufrir, ¿no? Sino no tendría gracia. Sufrir y no irse, y ponerse el doble de feliz cuando las cosas salen bien.

Paula va a hockey hace 6 años en Ferro. Además del deporte, defender nuestro escudo tan hermoso es lo que la motiva a comprometerse. No es lo mismo jugar en otro club que jugar en Ferro. No es lo mismo defender la camiseta que amas desde que naciste.

En los últimos años pudimos notar que el club tiene una gran perspectiva de derechos humanos que nos enorgullece, creemos que posicionarse en relación a distintos temas como la dictadura militar o los derechos de las mujeres tiene muchísimo valor y nos sentimos representadas.

Por todo esto, para nosotras ir a Ferro es un ritual que mantenemos a lo largo de los años. Tanto a ver a Pau cuando juega o a la cancha, vamos juntas. Es un símbolo de nuestra familia y siempre va a estar en nuestro corazón.

Danila Pagano

LAS PIBAS DEL CLUB

La discusión interminable
la heladera llena
de botellas
antes del asado
y después
también
porque
mejor que sobre y no que falte
Hernán
Y la champion liga
los brownies de Nur
la sonrisa de Agus
El hielo en el fernet
Los snacks
la mano pasando por la nariz
de la cara de Vicky
algo verde
-todoverde-
Los abrazos
Las lágrimas
partidas en diez
pedazos.
los gritos
entre las risas
de las pibas.

Carla Carrara

MI QUERIDO PLAYÓN

Me viste llegar por primera vez con cara de miedo, con vergüenza escondida atrás de mamá cuando tenía 9 años. Me viste en mis primeros entrenamientos correr insegura y perder algunas pelotas. Con el tiempo me viste progresar en el juego y hasta me viste tirar de cabeza a recuperar alguna pelota que quedó ahí boyando. También me viste las rodillas llenas de frutillas, producto de ese piso rasposo tuyo que tenía su encanto. Me viste el día que gané, el día que perdí.

Me viste charlar con mis amigas sentada en la grada y también tirar de bomba en los piletones de la colonia cuando ganamos algún campeonato.

Lo viste a papá solucionando todo lo que podía desde la subcomisión. Me viste a mi jugando con mis hermanos queridos.

También fuiste testigo cuando “me hice grande”. A los 21 me dejaste de ver por un tiempo, pero cuando volví al barrio, volvimos a encontrarnos, pero ya con mi marido y mi primer hijo.

Fuimos con Juany, mi hijo mayor, directo hasta el fondo del club, ahí donde estabas vos. Ansiosa y llena de emoción te presenté con él y automáticamente también lo conquistaste y empezó a jugar al handball como mamá. A los pocos años también Pancho, mi segundo hijo te conoció, a él te costó un



poco más convencerlo, quería ser futbolista. Pero no te diste por vencido y terminó rendido a tus pies y empezó a jugar al handball como mamá. Sabes que a mi tercer hijo no le quedó mucha opción, porque creo que hasta aprendió a caminar en el espacio que quedaba entre la cancha y la tribuna, él sabía que ahí donde estabas vos se divertía más que en cualquier lado y empezó a jugar al handball, como mamá.

Y esta vez los viste a ellos. Los viste correr, entrenar, jugar, ganar, perder, divertirse. Les enseñaste lo que significa ser parte de un EQUIPO, les enseñaste a soñar y a pelear por sus sueños. Ahí en tus 20x40 conocieron a sus hermosxs amigxs del alma, a lxs que quiero como hijxs.

Y el 12 de abril de 2015 llegó el momento de la despedida. Sobre toda tu historia se empezó a construir el hermoso Multi que hoy tenemos. En esa despedida que te organizamos, uno de mis hijos me abrazo y llorando me dijo: “Má, gracias por darme el club” ... Say no more.

Ahora tenemos el microestadio que soñamos durante muchos años, pero como te lo prometimos en la despedida, tu esencia sigue ahí. Todxs los que te conocimos tenemos la sangre verde, pero verde playón y tenemos la hermosa tradición de hacer sentir a todxs los que llegan, que Ferro es una gran familia y que ahora en el multi, como antes era en el playón, siempre van a pasar cosas buenas y cuando vienen las malas nos tenemos todos para apuntalarnos.

La mayor parte de mi historia, los recuerdos más entrañables de mi infancia y de mi adolescencia, están ahí, en Ferro, en el viejo playón.

Gracias por tanto Ferro. Gracias por tanto playón.

Ángeles Barreto

NO TIENE EXPLICACIÓN

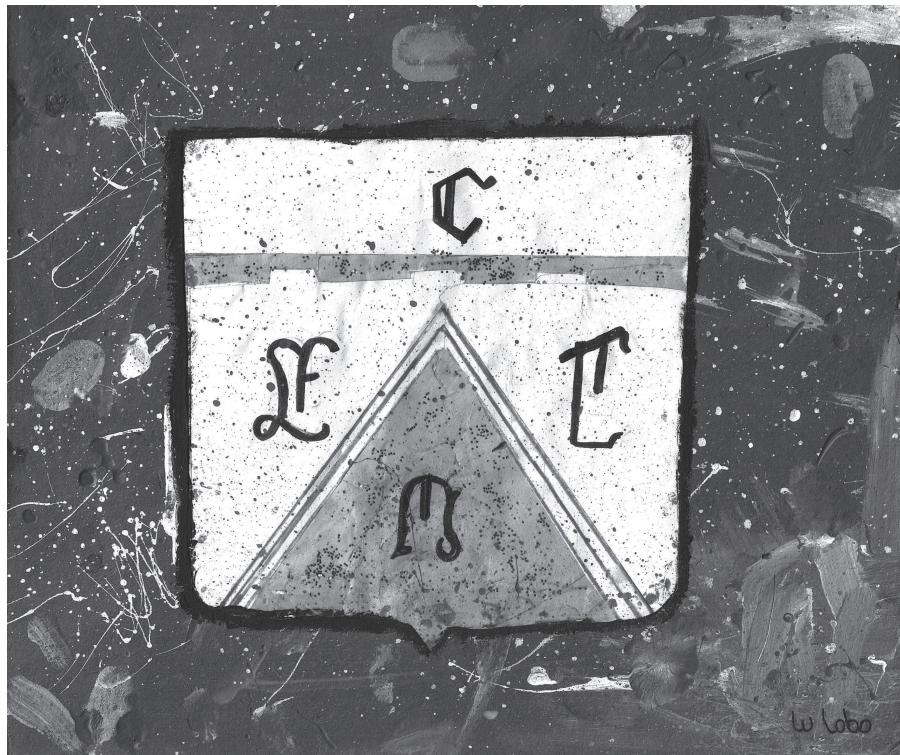
Es difícil entender... ¿Por qué? Sin ser de Ferro Carril Oeste, sin ser parte de la hinchada, sentí lo que sentí en ese momento.

Ferro sale a la cancha a jugar su partido con un adversario que no recuerdo y tampoco importaba quien era. ¿Por qué fue tanta la emoción?

De un lado los jugadores en el centro de la cancha, todos juntos, uno al lado del otro. Del otro lado la gente y la hinchada que comenzaba a cantar “Y vos Cacho fuiste parte de todos esos momentos...”.

En ese instante la emoción se adueñó de mi cuerpo, las lágrimas que acariciaban mi mejilla. Mi pequeña hija, con tan sólo cinco años, ya fanática hasta el cansancio, me miró... no entendía mucho, pero nos abrazamos y juntas despedimos a ese ser, el más grande ser humano, jugador e ídolo de Ferro: el gran y único Cacho Saccardi, el número 5.

Lourdes Avril Lobo (11 años)



lwlolo

Rosario Sartirana

QUERIDA TRIBUNA

Hoy, 28 de junio 2015, se me cae un lagrimón pensando en la vuelta al templo y sé que ya no estaré sobre esos tablones que mis viejos me hicieron pisar por primera vez en la vida (aquel 5 de diciembre de 1997 con un Ferro 3 - Vélez 3) con tan solo un mes.

Esos tablones donde me crié. Esos que veía entrando por Avellaneda y empezaba a correr hasta subir el último escalón y, así como subía, los bajaba uno a uno hasta quedarme en el lugar en donde vivía todos los partidos y, en determinado momento, los bajaba corriendo también para gritar desahogadamente cada ansiado gol.

Esos tablones que traspasaba para ir a los juegos que se encontraban allí abajo, dónde encontraba monedas de diez centavos y hasta billetes. Era otro mundo, MI MUNDO.

Esos tablones en los cuales viví, disfruté partidos bajo el sol, el agua y la luna... partidos inolvidables, momentos únicos de donde veía caer una lluvia de papelitos, las voces de todos alentando al equipo, la avalancha hacia el alambrado, los saltos del de al lado que me hacían saltar a mí y a todos, porque los tablones tenían vida.

Tantos recuerdos se van, años y años en esos tablones que para algunos serán un pedazo de madera que formaban escalones; pero ahí se fue una parte de mi vida y la de



muchos, pero quedara en el recuerdo del hincha verdolaga cada llanto y alegría, grandes tardes y noches vividas con amigos, familias y seres queridos que ven a nuestro amado Ferro desde el cielo con El Cacho.

Escribiendo no puedo olvidarme de aquella tarde de mucho calor bajo el agua en donde los bomberos eran partícipes con nosotros, los hinchas, salió el arcoíris y todos saltábamos en la corredera. Sí, esa misma donde veíamos a los chicos jugar a la pelota cuando el partido estaba aburrido. Momentos como esos quedarán para siempre grabados, como cada abrazo de gol con el de al lado.

Me hubiese encantado vivir la semifinal del reducido en esos grandiosos tablones que fueron testigos de pisadas, saltos y gritos de todas las generaciones, pero la cosa se renueva porque así tiene que ser y aunque ya no los pisaré, siempre tendré anécdotas que contar vividas en los tablones de Caballito, que quedarán en la historia de nuestro gran Club Ferro Carril Oeste. Y si tiene que ser de cemento, que así sea, y aunque pase lo que pase sé que este sentimiento por los colores verde blanco crece día a día.

Nadia Mileva Solodkow

ESCUDO VERDE CONTRA ZOMBIES

Llegué del colegio al mediodía, mamá me había ido a buscar como lo hacía siempre. Almorcé con ella y su novio y me fui a hacer la tarea a mi cuarto. Estaba muy feliz porque el fin de semana iba a tener mi primer partido y a la tarde teníamos que entrenar duro en el club. Había comenzado a hacer handball a principio de año y nos habíamos preparado mucho para ganar el torneo.

Terminé la tarea y prendí la tele, miré mis programas favoritos y, cuando terminaron, ya sabía que me tenía que comenzar a preparar para ir a entrenar.

Mientras me ponía las zapatillas escuché gritos, platos que se rompían, golpes y portazos. Me quedé helada. Mi mamá subió corriendo las escaleras y entró rápido a la habitación. Terminó de vestirme a los ponchazos y salimos corriendo. Nos subimos al auto y le pregunté exaltada:

- ¡¿Mamá qué pasa?!
- Hija, no te asustes pero... entraron zombies a la casa!
- ¡No puede ser mamá! ¿Y si nos siguen hasta al club y logran entrar?
- No te preocupes porque Ferro está preparado para un posible ataque de zombies
- ¿Enserio, má?
- Si, te explico... Estas criaturas odian el color verde, así que



nunca entrarían a Ferro. Vas a poder entrenar tranquila. La profe Rosa ya instaló, en todas las pelotas, un ahuyentador de zombies, así que cada vez que la piques se van a alejar cada vez más. Las personas de la entrada están custodiando las puertas, y los hombres y mujeres de limpieza tienen productos especiales que forman un perímetro impenetrable para los zombies!

- ¿Pero cómo vamos a hacer para volver a casa?
- Ya tengo todo planeado, vamos a ir a lo de la abuela por unos días hasta que los capturen y podamos volver a casa.

En ese momento pensé en el novio de mamá, que estaba en la casa cuando entraron los zombies. ¿Le habrán comido el cerebro? La verdad es que no me importó... En ese momento no sentí tristeza ni pena, nunca me cayó bien, siempre estaba de mal humor y mamá se ponía nerviosa cuando estaba él. Me bajé del auto decidida a entrenar como nunca, el sábado teníamos que ganar o ganar y, además, Ferro era un lugar protegido...

Terminamos de entrenar, mamá me estaba esperando afuera y fuimos directo a lo de la abuela. Cuando mamá la vio, cruzaron miradas y se abrazaron. Le dije a mi abuela:

- Abu, ien casa hay zombies!
- Ya sé mi cielo, pero no te preocupes que acá no pueden entrar.

Estaba contentísima de estar en lo de la abuela porque su comida siempre fue exquisita. Llegó el sábado, tuve mi primer partido y me puse la camiseta verdolaga que ahuyentó a cualquier criatura que pudiera estar cerca. Después de una gran victoria volvimos a casa por primera vez después del ataque.

Cuando entré no podía creer el desastre que vi, todas nuestras fotos estaban rotas en el piso y la casa estaba patas para arriba. Nunca volvimos a saber de los zombies. Y tampoco del novio de mamá...

Muchos años después,uento cómo un escudo verde nos protegió y nos va a proteger siempre. Si necesito una palabra de aliento, un abrazo, alguien con quien reír o con quien llorar, voy a Ferro, mi Club, al que voy a seguir eligiendo, aunque pasen ciento quince años más.

En Ferro viví, vivo y viviré momentos únicos e irrepetibles que voy a llevar en mi corazón toda la vida. Ferro es mi refugio, por el deporte que me hizo tan feliz, por mis amigos y amigas y, sobre todo, por la camiseta verde que me acompaña a donde voy.

Malena L. Corzo

CIELITO VERDOLAGA

En el año 2007 llegué a vivir al barrio de Caballito, para mi suerte, a la vuelta de la Sede. Por aquel tiempo mi suegra, una Mujer que vivió toda su vida en Caballito, me contaba hermosas anécdotas del Club.

Todos los días caminaba por la vereda de la Sede y siempre pensaba: “voy a ser Socia de este Club, voy a ser socia de este Club”.

Siete años más tarde tuve la oportunidad de entrar por primera vez a la Sede para asociar a mi hijo que estaba por comenzar escuelita de fútbol. Desde el momento que crucé el molinete sentí que era mi lugar en esta Ciudad, sentí que era MI LUGAR.

Por aquel tiempo, mi vida estaba transitando un divorcio por demás conflictivo, situaciones que me ponían en un estado de vulnerabilidad e incertidumbre hacia todo.

Ferro fue mi refugio en días interminables y tristezas que parecían eternas... hasta que llegaba el momento del entrenamiento y mi cabeza solo existía para hablar con amigos y disfrutar de mi hijo entrenando... Tribuna popular de fútbol que me hizo despertar una pasión que no sabía que estaba, y ser feliz hoy sabiendo que el Poroto fue a la cancha por primera vez conmigo y era la Cancha de Ferro!



Pasión que siguió creciendo en Futsal y Básquet, alentando con el corazón.

Ese lugar que me dio la oportunidad de conocer a las mejores personas para seguir disfrutando el Amor Verdolaga y amistad sin tiempo ni edad. Ya me siento vitalicia caminándote.

Ese lugar es MI LUGAR, es mi cable a tierra, pero también me libera... te disfruto...

Y a pesar de que a veces te maltraten y me duela... Te amo y te voy a defender SIEMPRE.

Silvina Pavicich

MI HISTORIA EN FERRO

Desde que tengo 5 años viví a la vuelta del club. Eran épocas donde salíamos a la vereda a jugar con las vecinas, siempre había soga, elástico, escondidas, payanas y también la vuelta a la manzana en bici.

Los veranos en cambio eran diferentes. Mi papá practicaba tenis pero no iba a Ferro, él con sus hermanos vivieron en la adolescencia por el oeste, así que jugaban en Ramos Mejía. Cuando formó su familia ahí fuimos todos, nunca fue un club donde me sentí cómoda, pero ese sería otro capítulo.

Contaba que los veranos eran diferentes porque todos mis amigos del barrio iban a la colonia del club, los padres hacían colas larguísimas desde las 4 de la mañana para poder anotarlos. Yo, en cambio, iba al club en Ramos o esperaba hasta las 18hs para salir a jugar cuando ellos volvían de la colonia.

Fueron pasando los años y cada vez les costaba más a mis papás convencerme de ir a Ramos Mejía. Cumplí los 13 años en noviembre y con todos mis ahorros le dije a mi papá (con todo lo que significaba) que quería asociarme a Ferro, anotarme en la Colonia y dejar de ir al club en Ramos con ellos. Creo que además de que no tuvo chance, pudo entender que mi camino era para ese lado.



Empecé la colonia en el grupo “Mixto” y de ahí en más el amor por Ferro empezó a arraigarse cada vez más. Seguí en el grupo de adalides y pertenecí al juvenil. Fue lo que marcó mi adolescencia por completo, todavía añoro esos tiempos y tampoco entiendo cómo desapareció la actividad...

Aparecieron campamentos, muchos amigos, muchos conocidos, el club ya era mi hogar... ¡Hasta cambiaron el horario de cenar en casa porque la actividad del juvenil terminaba a las 21hs y no podía perderme ni un minuto!

Fue tan fuerte y tan determinante ese espacio, que elegí la docencia como profesión. Después me casé y con mi primer hijo nos mudamos cerca del club, hizo Colonia y empezó deporte.

Ya somos familia numerosa, tenemos tres hijos que hacen deporte en el Club y aman esa camiseta como yo desde chica. Recorro Ferro y se me vienen a la cabeza muchas anécdotas que lesuento a mis hijos. También reconozco caras y me reencuentro con muchas madres y padres que volvieron al club a llevar a sus hijos e hijas: “¿Viste como cambió el club? ¿Te acordás de...?”

Estoy convencida que el Club es la mejor opción para cualquier niño y/o adolescente para su vida social. Pero si hay algo que puedo asegurar, es que no es lo mismo cualquier Club.

Ser de Ferro es pertenecer a esa familia verdolaga con el corazón verde y, como dicen por ahí, NO LO TRATEN DE ENTENDER, NO VAN A PODER.

Maria Inés Canabal

VERDE TODA LA VIDA

Soy Maria Inés Canabal, socia desde recién nacida. Y mi historia tiene que ver con esto. Lo que les cuento es lo que me relataron mis padres. Nací el 03/09/1961 y mi primer paseo fue al club un domingo de septiembre.

Mis padres, socios de muchos años, jugadores de tenis ambos, no pudieron soportar la abstinencia de club por mucho tiempo y, a la semana de nacida, decidieron llevarme a que me conozcan sus compañeros. Al llegar al club se encontraron en la entrada con el Secretario, no recuerdo su nombre y ya no tengo la suerte de poder preguntarles, quien al verme les pregunta muy seriamente: “¿es socia?”. Obviamente no lo era, por lo que de inmediato los llevó a Secretaría y procedió a inscribirme como tal, con el número de socia que todavía recuerdo: 10519.

Desde entonces y para siempre llevo a Ferro en el corazón y tuve el honor de representarlo en tenis desde muy pequeña hasta la fecha. Son muchos años jugando para el club y sigue siendo un orgullo.

Empecé a jugar a los 8 años en la escuela de tenis del club que organizaba el querido profesor Marcelo Hasfeld, una figura imborrable para todos los que lo conocieron, creador de dicha escuela, quien hacia su trabajo ad honorem, por amor al club y al tenis.



Desde chiquita esperé el momento de cumplir los 8 años para poder empezar a aprender este hermoso deporte. Épocas muy distintas a la actual, la escuela no tenía costo para los alumnos.

Claro que, como la mayoría de los socios infantiles, fui parte de la colonia de vacaciones. No recuerdo desde cuándo, pero seguro desde el grupo C hasta el A. Allí aprendí a nadar y rápidamente pasé las pruebas de Hipocampo a Pez volador, y de Pez Volador a Tiburón. Y aquí quiero remarcar un hecho ocurrido fuera del club, pero íntimamente relacionado. Habiendo terminado la primaria en el Normal 4 fuimos a festejar junto con nuestra maestra titular a una quinta que tenía una laguna. Una de mis compañeras entró al agua sin saber nadar y se resbaló, ya que el piso era lodoso. No podía hacer pie y empezaba a ahogarse cuando vi lo que ocurría. Sin pensarlo me tiré de cabeza al agua y repetí la técnica de rescate que me habían enseñado en la colonia y la saqué del agua. Después de esto seguí con el festejo sin darle mayor importancia al hecho. Más tarde mi maestra me llamó para felicitarme por haber salvado la vida de mi compañera. Y eso es lo que quiero rescatar del hecho. Lo que aprendimos en la colonia fue importante en la vida.

Otro recuerdo hermoso de mis primeros años es pasar los veranos en la pileta del club en familia. Sábado y domingo desde temprano íbamos con mi papá, mi mamá, mi hermano y también mis dos tíos. Primero preparábamos los sándwiches de pebete que consumiríamos al mediodía, los bolsos con todo lo necesario para pasar el día y partíamos para el club en colectivo porque no teníamos auto. En el agua hasta la hora de comer, almuerzo en el bar de la pileta y después a sentarse frente al reloj a esperar que se haga la digestión. Solo salíamos del agua cuando los ojos estaban muy rojos y ardían. No había agujero de ozono, ni protector solar. Solo la gorra de rigor para entrar al agua.

De esos primeros años conservo amistades que aún perduran: Cecilia Lanzani y Liliana García.

A los 10 años fui seleccionada para integrar el equipo representante de tenis en mi categoría: Infantiles. Formé parte del primer equipo presentado por Ferro en esa categoría, junto con Carla Bergamo y Cecilia Wiurnos. Y a partir de allí vinieron épocas de progreso en el deporte, competencias, triunfos, derrotas, reconocimientos. Siempre con el corazón verde. Logramos el subcampeonato en Interclubes en Menores, Cadetas y Juveniles.

Destaco de esa época algunas amistades: Anabel Vitullo, Claudia Angelelli, Gabriela Mastroianni, Nora Kelly, María Isabel Eyssatier. A cargo de los equipos representativos estaban los profesores Jose Mulic y Ricardo Sardo.

Al llegar a la edad adulta el deporte no pasó a segundo plano y cursé mis estudios de Bioquímica yendo a la facultad con el bolso y la raqueta. Me recibí en 1984, representando al club hasta ese momento. En 1985 el club decidió prescindir de los equipos representativos que no fueran de alta competencia en adultos, por lo que desde esa fecha no fui parte de sus representantes. Esta decisión se revirtió en 1994, año en que nació Daniela, mi primera hija. Así que, desde 1995, participé de todas las categorías que me correspondieron por edad: +30, +40, +50 y +55, con la excepción del año 2000 en el que nació mi segunda hija, Rocío.

Logramos varios ascensos y algún campeonato. Pero lo más importante es que formamos un grupo de amigas que son como mis hermanas, quienes me acompañaron como familia cuando en el año 2015 falleció mi marido, Carlos Mesa, y con quienes compartimos la vida. Ellas son Susana Martínez, Silvia Bonanno, Nacha Rodríguez, Mónica de Chiara y de



nuevo Anabel Vitullo, quien merece un capítulo entero en este libro por sus logros en tenis de mesa.

Al cumplir los 30 años de socia en el año 1994, me convertí en socia vitalicia y recibí la medalla y el cuadro que en ese momento se entregaba, el cual tiene un lugar de privilegio en mi hogar.



Podría seguir horas y horas contando historias relacionadas con Ferro. Pero solo voy a agregar que como hincha de Ferro disfruto verlo jugar y alentarlo desde la tribuna o la platea, como hice toda la vida.



Mariana Di Vita

FERRO, AMOR Y FAMILIA

Ferro para mí es mi barrio, mi familia, nuevos amigos. Nací y viví mis primeros 12 años en Espinosa y Neuquén. Hija de uno de los mellizos que varios vecinos conocían en el barrio. Por herencia familiar de estos dos tanos (que nacieron a una cuadra del Templo pero que, por esas cosas de la vida, se hicieron hinchas de otro club) se resolvió que tanto yo como mis primos debíamos ser Cuervos.

Sin embargo, a Ferro siempre lo sentí cercano porque, claro, en esa época (década del 90) ir a Ferro, sea siendo socio del Club o al menos yendo a la colonia, o a la escuela deportiva, era todo un lujo...

Yo solo iba al Club cuando la escuela donde asistía me llevaba a las clases de natación o a los intercolegiales, porque dada la situación económica de mi familia en ese entonces, nunca pude acceder a ninguno de esos privilegios, entonces siempre me quedaba mirando desde afuera.

Llegando a la adolescencia, siempre tenía alguna amiga o conocida que me hacía entrar para ir un rato a la pileta en los veranos en el barrio, algún recital de alguna banda de rock que escuchaba a veces adentro, otras desde Avellaneda...

Hace 11 años conocí a quien hoy es mi pareja, un hincha de Ferro (3ra generación en su familia, con sus padres y



abuelos socios vitalicios) con quien al principio nos chicaneábamos en forma de chiste por nuestros equipos.

Pasó el tiempo y en 2009 llegó nuestro hijo en común. Empecé a insistirle para que lo lleve a conocer el Templo, para que empiece a generarse entre ellos ese lazo indestructible de compartir la pasión verdolaga. Él se había alejado del club hacía mucho tiempo porque le traía recuerdos tristes de su abuelo fallecido.

En 2015 nuestro hijo empezó a practicar FUTSAL y FEFI en el Club y, debido a su fanatismo por Salmerón, un profesor comenzó a llamarlo Pupi. Hasta el día de hoy mantiene el apodo y la mayoría de sus amigos nunca recuerda su nombre. Él es el Pupi de 2009.

El día del famoso partido del reducido vs. Santamarina no fui al Templo, escuché el partido desde la casa de mis viejos. Cuando terminó me largué a llorar de tal manera que mi viejo se indignó porque estaba llorando por un ‘Club que “no era mío”... Él no sabía que sí, que no sabía cómo explicar que a lo largo de ese año había cosechado nuevas amistades, había conocido gente verdolaga que se metió tan fuerte en mi corazón, junto con mis dos amores, que cómo no iba a estar triste porque Ferrito había perdido esa final... durante una semana en mi lugar de trabajo (en el que logré que hablen de Ferro, aunque sea para gastarme) no sabían cómo ni por qué yo estaba tan bajoneada y no sabían cómo distraerme de esa tristeza aunque fuera por un rato...

Fueron pasando los años y mi pasión por el Club se fue acrecentando y esa pasión también se fue trasladando a mi hijo mayor, de 17 años, fruto de una relación anterior. Antes no pisaba el Club ni por casualidad (porque comparte con su papá la afición por San Lorenzo) y ahora no solo practica atletismo compitiendo con la verdolaga, sino que nos acompaña al Templo los días de partido y nos “exige” su casaca verdolaga.



Mucha gente, en serio o en chiste, me acusa de haberme vendido. Yo creo que en realidad la vida me hizo sentir una pasión diferente a la que conocí por mandato familiar y que no pude mantener en el tiempo, porque mi corazón se tiñó de verde.

Creo firmemente que este amor es para siempre.

Beatriz Sarlo

TIEMPO DE FERRO

Entré por primera vez a Ferro en 1979. Vivía cerca cuando aún no era socia. Los sábados a la tarde trabajaba en mi casa con un amigo, a quien llamábamos el Turco, cuyos hijos pasaban el día en el club. A cierta hora, el Turco se levantaba para ir a buscarlos. Eran dos hermanos, que seguramente recuerdan como yo que, en esos duros años setenta, para ellos el club era un refugio seguro.

Fue entonces que decidí hacerme socia. Por esa época acompañé al padre de Andrea Kriscautzky, del equipo de vóleibol de primera, para verla jugar a ella y a sus increíbles compañeras. También con Kriscautzky fuimos a ver al equipo chino que visitó Argentina. Me gustaba el vóleibol (que jugaba en un gimnasio del Hogar Obrero pese a mi físico decididamente inapropiado). Son recuerdos lejanos que me unen al club por muchos caminos conocidos, desconocidos y algunos senderos quizás olvidados.

Finalmente fui socia hasta hoy. Un amigo tuvo la generosidad de regalarme dos o tres meses de cuotas, porque me había descubierto junto a las rejas, mirando la sede social de Cucha Cucha como si fuera un castillo. Parece, en realidad, una casa estilo inglés, severa y distinguida, como muchas de las construcciones ferroviarias de los años veinte.



Siento una particular familiaridad cuando estoy en el club. No soy una socia “histórica”, no pertenezco a una familia tradicional de Ferro, aunque conocí a los Kriscautzky, que hoy ya son historia y probablemente solo los muy viejos la recuerden, porque el tiempo y la memoria son injustos.

Soy una especie de pariente lejana que agradece estar en un grupo de viejos conocidos. Cada actividad produce algo así como una pequeña organización de amigos, de los que a veces no se conoce el nombre, pero con quienes entablamos sostenidas relaciones de confianza. Nadie es un extraño en este club. A nadie le lleva demasiado tiempo encontrar un puñado de identificaciones y reconocimientos. Aunque hoy sea un desconocido, ese nuevo socio o socia puede adivinar un futuro amistoso.

A veces, cuando en la pileta veo a los chicos de la colonia, imagino vínculos que pueden durar en el tiempo. ¿Qué habría sido yo si hubiera sido una chica de esa colonia de verano? ¿Qué habría sido si hubiera jugado al tenis desde mi adolescencia o bailado en los famosos sábados de Ferro, que otros de mi edad recuerdan con nostalgia feliz? Seguramente mi vida habría sido un poco más tranquila, aunque el buen destino que fantaseo no les haya tocado a todos.

Ser socia del club ha sido uno de los pocos actos de mi vida sobre el que no siento ningún arrepentimiento. Con Ferro, no me equivoqué.

Nur Schweitzer

BREVE RELATO SOBRE UNA VIDA EN COLOR VERDE

Me gusta pensar que pisé Ferro desde que nací. Bueno, en realidad, Ferro siempre estuvo ahí y yo a unas cuadras, pero no fue hasta mis 12 años que lo pisé por primera vez. Pasaron 15 años de ese primer día que caminé por Neuquén hasta que se hizo Avellaneda, hasta que llegué a Paysandú y a la puerta 6.

En el molinete de la entrada un señor me pidió el carnet. Le dije que no tenía, que venía a probarme a handball y me dejó pasar. Mentira, todos sabemos que en los 00's nadie te pedía el carnet para entrar, pero sí es verdad que fui a probarme.

Con un poco de ilusión y mucha incertidumbre, llegué al Playón después de hacer el laberinto que había entre la puerta 6 y Gainza, y vi chicas corriendo. Hacía calor, era febrero y yo estaba vestida para hacer cualquier cosa, menos deporte. Lo pienso y me da vergüenza. Fui con 3 amigas más, habíamos terminado la primaria y queríamos seguir practicando el deporte que más nos gustaba en el colegio, sin saber que eso que nosotras creíamos que era handball, en realidad no se parecía en nada a lo que empecé a hacer cuando llegué a Ferro. Después de algunas semanas entrenando, nos federaron. Llegaron los fines de semana eternos de handball, a veces en canchas inhóspitas. Mi mamá, como una soldada, nos llevaba desde Caballito hasta la Quiaca si era necesario.

Ese año empezó otra vida, el Club se transformó en el lugar de pertenencia. Me encontré con chicas que se conocían de toda la vida y me abrazaron como si yo también lo hubiera hecho. Encontré una familia compuesta de muchas familias. Esas chicas que conocí, hoy siguen siendo un eslabón fundamental de mi vida, del día a día, y el Club sigue siendo lugar de



encuentro más allá del handball, que ya pasó a ser una anécdota en la vida de muchas de nosotras, siempre con la promesa de volver a jugar todas juntas en un futuro no muy lejano.

También me gusta pensar que crecí a la par de Ferro. Cuando llegué estaba quebrado, literalmente, y yo estaba en esa etapa de la vida en la que una no sabe para dónde salir disparada. Nuestro presente es distinto, crecimos en todos los aspectos que se puede crecer.

El deporte me enseñó valores que no encontré en otros lugares. Compañerismo, compromiso, solidaridad, aprendí de amor y también de injusticias. Que entrenar hasta tarde en un día largo de invierno en el Playón al aire libre, es más llevadero si lo hacés con amigas. Que el resultado de los partidos es una anécdota, si lo que importa es el equipo. Que jugar el fin de semana en alguna localidad perdida del conurbano es más motivador si sabés que a la vuelta te espera un asado en las parrillas.

Hoy me unen a Ferro no sólo la amistad y el amor que le tengo, sino también el compromiso social para cambiar la realidad que vivimos las mujeres dentro de la Institución. Con lo que tenemos, con pequeños logros y algunas trabas, pero con la certeza de que el día de mañana van a haber miles de chicas más que descubran y disfruten lo mismo (y más) que yo encontré.

Anécdotas hay muchas, tantas como la cantidad de días que pasaron desde ese primer día en el Playón hasta hoy. Me resulta imposible pensar mi vida sin Ferro. Le debo gran parte de lo que soy, le agradezco por haber estado siempre ahí, como a la espera de que llegara y lo transitara como si realmente hubiera nacido ahí.

Miro al Club con el amor que se le puede tener a un hogar, al lugar que siempre se puede volver.

Oriana Vignolle (6 años)

MI CAMINO VERDE

Soy Ori y tuve la suerte de nacer en una familia verdolaga. Mi abuelo Oscar Contrera fue el que nos abrió el camino a esta hermosa pasión verde. Mi lugar favorito es Ferro, vengo a jugar al handball, a alentar a todos los deportes y a comer asados en el quincho.

Con mis 6 años ya empecé a contar mi historia en Ferro junto a mis hinchas preferidos, mi tía Dani, mi tío Rolo, mi abuela Norma (que nos aguanta todas las locuras verdes) y mi mamá Yanina que me lleva a todos lados.



HOLA SOY ORI Y TUVE LA SUERTE DE
NACER EN UNA FAMILIA VERDOLAGA.
MI ABUELO OSCAR CONTRERA FUE EL QUE NOS
ABRIO EL CAMINO A ESTA HERMOSA PASIÓN
VERDE. MI LUGAR FAVORITO ES FERRO VENDO
A JUGAR AL HANDBALL, A ALENTAR A
TODOS LOS DEPORTES Y A COMER ASADOS
EN EL QUINCHO. CON MIS 6 AÑOS YA
EMPEZÉ A CONTAR MI HISTORIA EN FERRO,
JUNTO A MIS HINCHAS PREFERIDOS, MI TÍA
DANI, MI HERMANO ROLLO, MI ABUELA NORMA (QUE
VOS ÁGUANTA TODAS LAS LOCURAS VERDES),
LA MI MAMÁ TANIA (QUE ME LLEVAA
LOS DOS LADOS).

ORIANA VIGNOLLE
SÓCIO N° PAO 20729

Mónica Fiore

LA PENSIÓN DEL ANEXO

Como dice la canción, soy de Ferro desde que era chiquitita, aunque en este caso no me trajo mi papá que era de Independiente, equipo al que también quiero un poquito, sino mi mamá.

Cuando me casé quise vivir en Caballito, pero fue imposible. Eso no impidió que continuara yendo a gimnasia, a jugar al tenis, a los partidos de básquet y a algún que otro partido de fútbol. Nació mi hijo y a él si lo llevó el papá, quien le sacó el carnet del club antes que el DNI mientras yo todavía estaba internada. Lo que se dice una verdadera familia Verdolaga... Con el tiempo, las actividades en el club cobraron otra dimensión. Empezamos no sólo a ser socios usuarios, sino a colaborar en cuestiones organizativas de distintas actividades. Un día, una amiga, socia del club, me pidió que la acompañe a la pensión de jugadores porque estaban necesitando gente para ayudar en las distintas actividades de los chicos.

Hasta ese momento, poco -o casi nada- sabía de la pensión de jugadores. Para mí, era un lugar más del club, apenas un sitio donde los chicos comían, dormían y dedicaban su tiempo a jugar al fútbol. No lo pensé demasiado y allá fui con el objetivo de ayudar en las actividades escolares, me imaginaba, aunque realmente no lo deseaba, desempeñando el papel de la bruja mala, la que los haría estudiar y los obligaría a hacer las tareas. Nunca imaginé en ese momento que las tareas iba a terminar haciéndolas yo misma en muchos casos.

Lo primero que llamó mi atención cuando me presentaron a los chicos fue que no me llamaban por mi nombre, sino que



me decían “tía”; no me llevó mucho tiempo entender el significado que encerraba ese cariñoso apodo.

Unos pocos se acercaron enseguida, curiosos, a preguntar para qué iba; otros, por el contrario, se mostraron reticentes, desinteresados y hasta creo que desconfiados.

La idea era buscar una herramienta para tratar de acercarnos, conocer sus inquietudes, sus vivencias, sus problemas, sus sueños, sin que se sintieran interrogados. Fue entonces cuando, con la gente que trabajaba en la pensión, decidimos hacer una reunión con todos los chicos para festejar los cumpleaños. Adornamos el salón comedor, ahora parte de la Escuela de Ferro, con globos, guirnaldas blancas y verdes que nos dio “Clavito”, histórico empleado del club. Preparamos mesas dulces con alfajorcitos caseros, caramelos y las tradicionales (y exquisitas) tortas de Marly y de Pato, las cocineras de la Pensión. Mientras dejamos todo dispuesto para el festejo, entramos a la cocina para servir el chocolate, no tardamos más de 2 ó 3 minutos, cuando volvimos al comedor con las tazas llenas, grande fue nuestra sorpresa cuando vimos que en las mesas ya no había casi nada. Recuerdo que nos miramos todos, sonreímos y seguimos adelante como si nada hubiera pasado. Ese día, jugamos con los chicos a las cartas, cantamos, nos reímos mucho y entendí que esa pensión no era un simple hotel donde comían y dormían, sino que funcionaba como una gran familia, en la cual faltaban los papás. Un lugar donde se sueña, donde se sufre la ausencia de los afectos, de la geografía de sus lugares de origen, donde se rinde examen en cada entrenamiento y en cada partido.

A partir de ahí, con la gente que integraba la subcomisión, muchos de los cuales todavía continúan, conformamos un equipo de trabajo sólido en el que todos teníamos un mismo objetivo: que los futuros jugadores estuvieran contenidos, contentos y pudieran alcanzar su sueño de llegar a la primera.

Recuerdo infinidad de historias vividas con los chicos, muchas divertidas y otras no tanto. Como en todo grupo

humano cada uno traía su historia personal, pero lo que sí identifica a todos es el amor por el juego y las ansias de triunfar. Muchos por ellos mismos y casi todos por sus familias.

Entre las divertidas, no puedo olvidar el día en que uno volvió tarde de bailar y no quiso despertar al sereno que los cuidaba, se trepó al árbol de la entrada y cayó en la chimenea de la parrilla, una suerte de Papa Noel sin regalos para los chicos. Hizo tanto ruido que no sólo despertó a toda la pensión sino también a los vecinos quienes pensaron que un ladrón andaba por los techos y llamaron a la policía.

O el día en que invitaron a cinco de ellos a un cumpleaños de quince y tenían que usar traje, ¿quién iba a tener un traje en la pensión?, obviamente ninguno. Casi desesperadamente salimos a pedir prestados trajes y zapatos de nuestros hijos, sobrinos y, para los más altos, el de alguno de los miembros de la subcomisión. Recuerdo que se los estaban probando y uno de ellos, hoy jugador de primera, le dijo a otro: "mirá cuando estemos jugando en primera y nos acordemos de ésto".

Muchas fueron las veces en que los llevamos al médico, al dentista, a las guardias de urgencia y hasta en varias oportunidades estuvimos acompañándolos desde la sala de espera de algún quirófano. Toda esta convivencia me hizo entender el porqué de llamarnos tíos y tíos.

Algo que aprendí el primer año que estuve, es que el humor de los chicos cambia rotundamente a principios de noviembre. Es en ese mes en que se define si se van a quedar en el club o no. Si van a seguir teniendo pensión o sólo los dejan como jugadores y dejan de pertenecer a ese grupo selecto. Para la mayoría el no tener el beneficio de la pensión significa tener que volver a sus casas y volver a probarse en otros clubes. Es un momento muy difícil para todos, especialmente para los chicos, pero también para los que están en el día a día con ellos. Observé que algunos ni siquiera se despedían; con el tiempo entendí que era una forma de no irse del todo. Otros no decían nada y con



lágrimas en los ojos nos daban un abrazo muy fuerte y nos decían “gracias, tía”. Pensé que con el tiempo me iba a ir acostumbrando a esto, pero no fue así. Traté de no encariñarme con los chicos, traté de no memorizar los nombres, pero fue inútil. Aún hoy algunos de ellos, ya lejos del club y del fútbol, se comunican con algunos de nosotros y nos renuevan la emoción.

Por el contrario, el día que el técnico de la primera citaba a alguno, era una fiesta para la pensión. Asistíamos todos al partido, las cocineras, el sereno, la subcomisión, íbamos a alentar a “nuestro jugador”.

No pueden imaginarse la alegría y orgullo que sentimos, hablo en plural porque estoy segura que todos sentimos lo mismo, cuando uno de esos chicos que había vivido en la pensión fue llamado a la Selección. El sueño de uno de ellos se había cumplido y nosotros habíamos sido un poquito participes de eso.

El equipo que conformamos los integrantes de la subcomisión trascendió más allá de la actividad. Es el día de hoy que nos reunimos con alguna excusa, como la llegada de Tito (el “cazatalentos” de Rosario), algún cumpleaños o simplemente compartir un asado. Creo que en los cinco años que colaboré activamente en la pensión, mi colesterol y el de los integrantes de la subcomisión subió y subió. Cuando uno forma parte de una actividad de este tipo, trabaja mucho e invierte tiempo, sin embargo, creo no equivocarme si digo que es tiempo bien invertido porque estamos ayudando un poquito a cumplir el sueño de ese chico que vino de lejos, que dejó a su familia, a sus amigos, para llegar a jugar en la primera división.

Patricia Hadid

SER

Cómo no ser de Ferro si de chiquita mi viejo me llevó, hace ya 45 años, por primera vez al Templo.

Cómo no ser de Ferro si desde ese momento quedé deslumbrada y enamorada del Verde.

Cómo no ser de Ferro si desde ese día lo seguí a muerte, escuchaba los resultados de la fecha por radio y era una fiesta cada vez que me llevaban a la cancha.

Cómo no ser de Ferro si, de la mano del Timo, me dio las mayores alegrías como hincha en el '82 y '84.

Cómo no ser de Ferro si ese equipo “aburrido” me llenaba el alma.

Cómo no ser de Ferro si varias veces pude charlar y aprender del Maestro Griguol tanto de fútbol como de básquet. Un GENIO!

Cómo no ser de Ferro si un día mi papá compró dos plateas anuales y tuve el honor de tener como “compañeros de banco” al padre y al tío del Dr. Enrique Rottenberg, unos SEÑORES con mayúsculas, que me cuidaban como si fuera su nieta, tanto que mi viejo me dijo: “Hija, Ferro es familia, ya podés ir sola a la cancha”.



Cómo no ser de Ferro si alenté, canté, sufrí, grité y lloré durante todos estos años.

Cómo no ser de Ferro si vi las caras de mis hijos, Melina y Diego, cuando los llevé al Etcheverri, por primera vez, a la popu de madera.

Cómo no ser de Ferro si ellos llevan los colores en el corazón y defienden su camiseta.

Cómo no ser de Ferro si me pongo a moquear cuando cantan “De chiquito mi viejA...”

¡Cómo no ser de Ferro si lo mejor del mundo es abrazarnos cuando gritamos un gol con la boca bien grande!

Simplemente SER... la sangre es VERDE!

Paula VOLVER

Cada diciembre, el calor nos golpea a miles de jóvenes adultos en una suerte de flashback a los recuerdos; vivir y sobrevivir empiezan a ser sinónimos de una pesadilla de la cual, a veces, se hace difícil despertar.

Pero si en cada diciembre salen de la tierra dolorosos recuerdos, sé que también brotan hermosos encuentros, abrazos y nuevos recuerdos por los cuales brindar.

Yo me salve, me salvaron, soy una sobreviviente, pero más importante que las secuelas, que los traumas, que los problemas de la supervivencia, es el dolor de no tenerlos... pero no se trata de sacarse Cromañón de encima, sino de aprender a vivir con él; de hacerme más fuerte y de apostar a un mejor presente.

Hace tres años volví al club de mis amores, algo que costó mucho esfuerzo y tiempo, que me obligó a replantearme, a elegirme y posicionarme cuesta arriba para ser mejor hincha, mejor socia y mejor compañera de este amor profundo que sentimos por los colores.

Este camino empezó con la invitación a hacer arte mi dolor, a transformarlo, mutarlo y sanarlo con un mensaje a quienes transiten nuestro espacio... Cromañón nos pasó a todos, reza el mural que hicimos junto a la Subcomisión de Derechos Humanos.



FERROCARRIL OESTE

Que cueste lo necesario, pero nunca demás y que cada diciembre nos encuentre más fuertes, más unidos y porque no, más felices.

María Belén Fernández Moreno AMIGOS Y MOMENTOS

Me pedís que escriba sobre Ferro y lo primero que pienso es en un momento de mi vida. Yo lloraba a los gritos y le pedía a mi mamá POR FAVOR no ir a ese club. Por supuesto, totalmente contradictorio a lo que por suerte termino pasando. Agradezco su convicción para hacer oídos sordos a los argumentos de una niña que no quería salir de su pequeña zona de confort.

Resulta que cuando yo tenía 9 años, Mamá (ella fue socia por muchos años y fan de hacer las filas eternas a la madrugada para anotar a mis primos en la colonia), en el mes de noviembre y por cuestiones laborales, presentaba en casa el tema “Colonia”. Con mi hermana desde chiquitas hacíamos deportes y colonia en otro lugar. Allí en vacaciones pileteábamos en pelopinchos que no contenían más de 5 niños y de ese argumento se agarró mamá: “ya esas piletas les quedan chicas.” Un año antes lo había intentado, pero nosotras nos mostramos cero interesadas.

Por varios días nuestros viejos nos vendían la colonia de Ferro, casi como las promotoras del puesto que estaba en el shopping caballito, al que terminamos yendo después de haber llorado por no querer pasar de un lugar en donde conocíamos a todo el mundo, a la colonia más grande de Caballito, repleta de gente y espacios desconocidos.



Empezaba el verano y era la sensación más rara del mundo: las vacaciones y el miedo. No me olvido más del viaje en el 172, pasando por la puerta de la otra colonia y finalmente llegando a Ferro. Entramos por puerta 6 donde mi viejo preguntó a más de uno dónde quedaba el Etchart y las Terrazas.

Dejamos a mi hermana en su grupo. Como era más chiquita, se enganchó enseguida con unas nenas. Y después empezamos a subir las escaleras más eternas de mi vida... las del Estadio. Cada tres escalones, pensaba: “¿Qué hago acá? No quiero”. Absolutamente negada.

Llegamos. Un coordinador nos señaló a una chica y nos dijo, “le toca allá: CONDOR 4”. Saludamos a la profe, tomó todos mis datos y escuchó a mi papá que preocupado le dijo: “Es la primera vez que va a una colonia con tanta gente...”. Ella lo miró y, clásico de esos buenos profes copados de Vacaciones Alegres, con una sonrisa le trasmittió la tranquilidad de que yo la iba a pasar muy bien y que enseguida conocería a alguien.

¿Alguien? Mi primera amiga, la de mi primer año en la colonia, es hoy una de mis mejores amigas. Después de ser mi compañera de asiento en algunos viajes a Pontevedra, un día me dio un papelito con la dirección de su casa. Allí festejaba su cumpleaños número 10. Hoy tenemos 26, asique hagan cuentas... Otro gran amigo, es al que conocí por su fama de terrible en la colonia y con el que me reencontré cuando pasamos a ser Líderes, donde la adolescencia dolía mucho menos si era verano.

Ellos fueron los primeros dos de muchas personas que aparecieron en diferentes momentos. Amigos y compañeros de cancha, de platea, popular, de básquet, de mañanas,

tardes, noches, inviernos, veranos, de trabajo... mi primer trabajo.

Se podría inventar una regla: “No existe un momento de club en el que estés solo.” Alguien siempre encontrás, aunque sólo compartas un saludo de cancha a cancha o pases horas tomando unos mates en el quincho, siempre hay un amigo. Ferro me lo demuestra desde el primer día.

Porque los colores los llevo en la piel, en amigos y momentos. ¡Gracias Ferro!

Estela Beatriz Norbis

MEMORIAS VERDOLAGAS

Tardecita en Caballito.

Ingresa a mi segundo hogar, nuestro amado Club Ferrocarril Oeste.

Me siento al pie de la centenaria palmera que tantos recuerdos encierra.

Miro a mi frente y recorro metro a metro el hermoso edificio. Su imponente entrada, sus escalinatas, sus ladrillos rojos, los vitraux de sus ventanas, las canchas de tenis, el patio Atilio Renzi y a mis espaldas los juegos de los niños y las piletas de natación.

Entonces mi mente reflota recuerdos.

Aquellos días que de la mano de mamá y papá daba mis primeros pasos sobre su suelo.

Apenas cien metros me separaban de casa. Era lógico entonces que parte de mis días, mis juegos y diversión, tuvieran lugar en ese espacio.

Pocos años más tarde, combinaba la tarea de la escuela y las actividades deportivas.

Así comenzaba el día. Las hermosas clases de gimnasia, los juegos de destreza y las competencias que realizábamos guiadas por la Prof. Marta.

Eran emocionantes. Siempre divididas en grupos. Tehuelches y Comechingones que se esforzaban para lograr la victoria en cada competencia.

Luego un corto descanso, una ducha y a la pileta.

La natación nos llamaba y el Prof. Valentina nos esperaba con su trato firme pero cálido.



Él nos enseñó a flotar primero y luego con el crol, pecho, espalda y mariposa, realizábamos largos y anchos en toda la pileta. Con el correr del tiempo, quienes fuimos adquiriendo mayor destreza, terminamos realizando saltos ornamentales, desde el tobogán pequeño. Todavía en esa época los nenes y las nenas estábamos separados. Los niños practicaban con el

Profe. Pellegrini, serio, bravo y temerario.

Terminada la hora de natación, que ninguno deseaba que llegara, volvíamos a los vestuarios y cambiados y formaditos bajábamos para irnos.

Pero casi todos pasábamos por el bufet. Un pancho y una gaseosa coronaban la jornada.

En ese tiempo, las sorpresas no tenían límite. El querido Héctor Etchart sacaba de sus bolsillos ricos caramelos que nos ponía en las manos con cariño, y los recordados Antonio Roma y Silvio Marzolini nos compraban pastillas de goma en el kiosquito del buffet.

Por la tarde muchos practicábamos patín en el patio Atilio Renzi. Siempre esbelto y sonriente esperaba el profesor Enzo.

Y ese era un mundo aparte. Aprender primero a caminar con los patines, ir para adelante, para atrás, girar sobre sí mismo y, con el correr del tiempo, deslumbrar a nuestras familias con la garza, la paloma, la mariposa y el zonja.

¡Qué maravillosos los festivales que el profesor armaba!

Desde la primaria hasta casi finalizar mis estudios de maestra, todos los días mantenía la misma rutina. Pero cuando comencé mis prácticas de la enseñanza, se me hacía dificultoso continuar. Los dos últimos años de mi carrera docente tuve que abandonar las actividades.

Continué en forma libre todo lo que Ferro me ofrecía. Para entonces los grupos de amigos se destacaban. Eran nuestras “barras” añoradas.

Compartíamos los bailes de Carnaval, las kermeses y los bailes del tercer piso.

Alentábamos nuestros amigos que jugaban pelota a paleta y tenis, mientras otros se perdían entre naipes en el reducto de Angelito.



Para ese entonces, algo trascendental pasó en mi vida verdolaga. Junto a dos entrañables amigas comenzamos a acompañar el fútbol de Oeste. Ya con 16 y 17 años, los domingos, tres butacas de la platea baja nos esperaban. Y no faltábamos a ningún partido donde Ferro jugara. Local y visitantes.



¿Saben? Algunos miembros de la Comisión Directiva se disgustaban con nuestra presencia. Y criticaban con graves ofensas. Si en ese momento hubiera existido el INADI, seguro tendrían que haber dado explicaciones de sus dichos. Pero el mundo evolucionó tanto que hoy recordarlo da risa. Nos conectamos con la familia de muchos jugadores que iban a presenciar los partidos y algunas anécdotas me renuevan las risas de entonces. También nacieron hermosas amistades con varios jugadores.

En mi caso, se plasmó un novieco de adolescentes. Aunque muchos lo saben, por respeto guardaré su nombre.

Compartimos salidas a Banchero, Puerta del Sol, La Boheme y Tom y Jerry. Fue tan sano que algunos sumaron sus novias y esposas al grupo.

Fue una época gloriosa, pero como todo lo bueno a veces se termina.

Comencé a trabajar lejos de Ferro. Me fui alejando un poco cada día, pero siempre mantuve mi afiliación. Una hermosa relación amorosa me mantuvo distante y durante un par de años no concurrí.

Mi relación llegó a su punto final y me sentí sola en el mundo. Estaba triste y deprimida.

De pronto, un día, jóvenes de mi grupo me insistieron en volver al Club. Me costaba el regreso, todo había cambiado para mí. Después de pensarlo mucho, decidí regresar.

¿Pueden creerlo? Ese día conocí al hombre con el que formé mi familia. ¡Increíble!

Fuimos encadenando parejas entre amigos de toda la vida. Casamientos diversos fueron sucediéndose. ¡Porque Ferro es familia, es amor y es pasión!

En el '82, Ferrocarril Oeste fue campeón de la mano del Maestro Griguol. Ese año nació mi hijo, niño que antes de anotarlo en el Registro Civil fue asociado por su padre en nuestro segundo hogar, con su carnecito y todo.

A sus cuatro años repitió el quehacer de sus padres y abuelos.

18 y 25 años más tarde, se repitió la historia.

Llegaron mis nietos y, como no podía ser de otro modo, con la sangre muy verde.

Desde sus seis añitos concurrieron a la Colonia de vacaciones y pasaron por distintas escuelitas deportivas. El mayor se destacó en Yudo (cinturón marrón) y en Handball (arquero). El pequeño abrazó con responsabilidad Fefi y Kick boxing.

Y, como si fuera poco, mi nuera, la madre de mis pichones, es una destacada goleadora futsalera.

Mi historia verde serviría para hacer un libro. Porque en solo estas hojas no puedo magnificar mi quehacer de tantos años en ese mundo tan amado.

También incursioné en lo institucional. Siempre en la oposición, pero constructiva, a los 18 años formé parte de la Lista de Odorigo-Díaz Barrera Presidente y en el '93 fui Secretaria de Cultura de la Presidencia de Toto Evangelista, a la que renuncié por no estar consustanciada por algunas actitudes no acorde a mi sentir.

Pero a pesar de ello, o por ello, uno de mis mejores amigos fue Santiago Leyden, al que comprendí tarde, pero fue el gran hacedor del Club que hoy tenemos en pie.

Por eso propuse que debía ocupar el cargo de Director General de Deporte, en el que se desenvolvió acertadamente.



Antes de finalizar la historia de mis días verdolagas, siento la necesidad inmensa de recordar a mis amigos de la vida, esos que se nos adelantaron muy jóvenes al espacio celestial: Carlos Paglietini, Enrique Alonso, Aníbal García, Gigi Condiglio, Omar Codina, Beto Terrile, Gloria y Roberto Pertierra, Loren Burgos, Cacho Senatore y Rolo Puente entre otros.

Y abrazar a la distancia a los que, aunque nos veamos pocos, mantenemos intactos los recuerdos de ayer: Mirta Campoamor, María Marta, María Nilda de la Fuente, Marita Soldi, Ana Clara, las Hnas. Dardán, Mirta García, Margarita Tarabolino, Mabel Delgrande, Pío Fernández, Pepe Claverie, Fernando Farangone, Carlos Vidal, Miguel Angel Tojo, Roberto Larrubia, Miguel Angel Rabanal, Oscar Grillo, Jorge Martinez y Carlos Infantino.

Recorrer cada palabra de mi escrito, es hacer renacer cada momento de mi existencia. Espero haber cumplido con las pautas que las Mujeres de nuestro Club, pensaron para homenajear los 115 años del nacimiento de nuestro amado lugar en la vida.

Para todas, muchas felicidades y aunar esfuerzos en Unidad y Libertad.

Estela Beatriz Norbis

POEMA XXXIV

MONONA NORBIS | Escrito el 09/12/64

“3”

Un rectángulo cubierto de césped.
Un travesaño a cada lado sostiene la red,
Alguien que corre destacadamente.
Es el kinesiólogo? O tal vez el juez?

Aquí en Oeste comenzó el partido,
Camisetas verdes se observan salir,
Saludan su hinchada, como noble gesto
Y con gran esmero penetran al “field”.

Tiran la moneda, eligen los arcos,
Las últimas órdenes ya dió el capitán,
Cada uno en sus puestos, jueces en las líneas,
Para la victoria preparado el clan.

Ya sonó el silbato, movió la pelota,
Y en un corto pase, le llegó al football,
Que sin perder tiempo tiró hacia la valla
Y el pobre arquero no pudo atajar.

Nuevamente el centro, saca el contrario,
La pelota sigue, el “haz” no puede parar,
Tiran a la valla y el football derecho
Sacándola al cárner, impide rematar.



En todo el partido ocurrieron hechos,
A los que he contado, casi similar,
Pero yo distingo entre todo aquello,
El 3 en la espalda de aquel buen “football”.

Estela Beatriz Norbis

POEMA XLVI

MONONA NORBIS | Escrito el 29/04/1967

“TU VALLA VERDOLAGA”

A mi frente está tu valla
A quién darás emoción,
Desde que el juez del partido
Señale que comenzó.

En mi todo se estremece
Cuando te veo atajar,
Y orgullosa te contemplo
Sin poderte ya olvidar.

Tu espectáculo es completo
Pues tú le sabes brindar,
Emociones a tu hinchada
Y a mis ojos tu mirar.

Camila Carrara

FERRO, MI SEGUNDA CASA

Me invitaron a contar mi historia ligada a Ferro Carril Oeste y son tantos recuerdos que no sé bien por dónde empezar...

Quizás lo mejor es siempre comenzar por la primera vez, o lo que uno recuerda como primera vez.

Yo vivía en Caballito, ya hace 15 años que no sigo viviendo en el barrio, pero sí lo visito con asiduidad porque mi hermana mayor (parte de la Comisión Directiva del Club) y mis padres siguen siendo vecinos del barrio.

Desde que fui socia que el Club siempre fue para mí el segundo hogar. Pasábamos muchísimo tiempo allí con mis hermanas, hermano, papá y mamá. Era como el jardín de la casa que no teníamos, ya que vivíamos en departamento.

En Ferro conocí Gimnasia Artística, pero a los 7 años elegí el mejor deporte del mundo: Handball. Gracias a mis papás, a Ferro y el handball conocí muchos lugares de Argentina, de Brasil y Cánada.

Pude también representar a mi país y vestir la celeste y blanca. Todo porque en el club aprendí muchísimos gestos técnicos, tácticos, pero sobre todo valores, como también la amistad.



Mi mejor amiga me la dio Ferro y el handball, una amistad de 27 años donde crecimos a la par, eligiendo caminos diferentes y propios, pero siempre compartidos.

Fui Colona, en la mejor época de la Colonia de Ferro, cuando las populares se llenaban de chicos de todos los grupos. Fui profesora de la Colonia también y guardo muchos recuerdos imborrables.

Fiestas de colores, piscolabis, partidos de básquet, de handball, interminables días que concluían cenando en el anexo. Terminábamos de jugar y buscábamos nuestra figaza de jamón y queso y el vaso de coca.

Conocí a Gancho, a Leon Najnudel, a Fantaguzzi, Cortijo, Milanesio, Pichi Campana, Carlos Picarelli, Timoteo Griguol, y tantas personas talentosas, jugadoras, jugadores, técnicos, técnicas.

Nunca me voy a cansar de contarles a mis hijos todo lo que viví en Ferro Carril Oeste. MI SEGUNDO HOGAR.

Carolina Llano

TODO LO QUE VIVO, TODO LO QUE SUEÑO

Escribir mi historia con Ferro es muy difícil. Intento, arranco, borro. Vuelvo a empezar. ¿Cómo hago para hablar de historia si todo lo que quiero con Ferro lo tengo todavía por delante?

Antes de nacer, mi familia ya había elegido a Ferro para mí. Lo eligieron porque en sus propios recorridos, en sus propios aprendizajes, Ferro no los había defraudado. Y me soñaron a mí, ahí, incluso antes de nacer. Me imaginaron disfrutando, creciendo y jugando. Y no se equivocaron.

A mi Ferro me lo viene dando todo: todo lo que vivo y todo lo que sueño tiene que ver con el Club. Ferro me atravesó de la manera más inesperada pero más palpable.

Ya son 28 años de amor ininterrumpido. De un amor casi masoquista que me tuvo y me tiene ahí, firme, a pesar de las decepciones. Que me vio quebrada, que me recompuso y hasta me volvió a tirar.

Ferro me sobra por todos lados, pero no me falta de ninguno. Ferro me enseñó que la vida y las alegrías se disfrutan más si se comparten, que se puede ser feliz con la felicidad de una amiga y, sobre todo, que si no es en equipo no vale.



Me enseñó que no hay tristeza que un abrazo sentido no pueda calmar y que no hay nada, pero nada como mirar el cielo de noche acostada en un playón.

Ferro me dio tablones, me dio canciones y me dejó sin voz.
Me mostró espectáculos lamentables y palpitaciones insostenibles. Me regaló tantos enojos como ilusiones renovadas.

Ferro me encendió el alma con deporte y con amigas. Ellas, verdolagas de pura cepa, con quienes aprendí a construir una amistad basada en el respeto y el cariño y con quienes sigo aprendiendo y soñando un Club tanto más grande como el que supimos tener.

Ferro me mostró que hay princesas que sueñan con dirigir un club, que miran fútbol, que visten camisetas, que los fines de semana defienden el escudo, que no se rinden.... y que para ellas siempre hay un castillo en “Cucha Cucha” 350.

Yamila Gale

SI HABLAMOS DE HERENCIA DEBO SUMARME...

Mi abuelo siempre me contó que cuando vivía en su país natal, viendo jugar a Ferro en un partido, se enamoró de los colores de la camiseta. Eligió la Argentina para vivir y se mudó a Caballito, a 6 cuadras de la Sede.

De ahí en más, Ferro perteneció a la vida de mi familia. Mi papá se hizo socio de chico y no faltaba nunca a ver un partido ni de local y ni de visitante. Pasó el tiempo y conoció a mi mamá. Ella no era de Ferro (pero se hizo), y como él no quería perderse ningún partido, mi vieja lo acompañaba a la cancha, de esa manera se convertía en otra salida, ir a ver a Ferro!

Estando en la panza de mi mamá, mi viejo me cantaba “canciones de la cancha”. Tanto mi hermano como yo tenemos el carnet de socios con días de nacidos. Durante mi niñez era raro decir de qué cuadro era, pero... jamás lo dudé, ¿por qué? simplemente porque cada vez que estaba en la cancha, junto a mi viejo y mi hermano, vernos felices y sonrientes, hacía que yo quisiera volver siempre, sí... a un lugar donde no había tantos chicos, pero menos que menos “nenas”. Desde ese momento hasta la fecha, llueva, truene, haga 40 ° a la sombra, o 4° bajo cero, no puedo faltar a la cita.

Ha sido y es un lugar donde albergo momentos compartidos



con mi familia donde las emociones fluctúan permanentemente. Algunas cosas han cambiado, pero también hoy suceden otras que vuelven a hacerme querer cada rincón del club.

Se incorporó mi única sobrina desde bebé (hoy tiene 8 años). Ella también nos acompaña para alentar al verde, disfruta de abrazarnos cuando hacemos un gol y sufre si nos ve angustiados por algún resultado.

Ferro no es para nosotros un equipo de fútbol. Ferro es nuestra segunda casa, nuestro lugar de encuentro, de alegrías, como así también de tristezas compartidas. Encontrarte con alguien de Ferro en cualquier parte hace que sonrías, aunque no lo conozcas, porque entendés que está orgulloso de sus colores como vos.

Con Ferro aprendí que la pasión no se explica, se siente y se manifiesta hasta las lágrimas. Uf... y sí que he llorado con la camiseta puesta. Lágrimas de tristeza: descensos, quiebra, la pérdida física de nuestro ídolo Gerónimo "Cacho" Saccardi. Lágrimas de emoción: ascenso, homenajes, vuelta de jugadores que quiero mucho (como el Pupi Salmerón, con quien estoy muy agradecida como jugador y como persona). Y lágrimas de bronca: malos resultados, canchas donde no nos han tratado muy bien... La verdad que pasé por muchas emociones con Ferro.

En casa todo es verde, desde las tazas, las sábanas, el cepillo de dientes, la funda del celular, el mate, las cartucheras, todo es verde como mi corazón. Mi firma y mi mail tienen a Ferro incorporado. A mi biblioteca la embellece un pedacito de Ferro también... un hermoso pedazo de tablón de nuestra "ex" tribuna local. El verde, además, está tatuado en mi piel.

No es fácil ser hincha de Ferro, se sufre. Mucho se sufre... pero es hermoso.



No quiero dejar de resaltar que, por suerte, algunas cosas mutan... crecemos y nos actualizamos. En Ferro hoy se pueden ver familias, muchas mujeres y niños/as. Ferro nos une, a Ferro lo sentimos, a Ferro le somos incondicionales, a Ferro lo amamos.

Anna Méndez

EL AMOR EN LOS PIES

Nos preguntan ¿qué es ir al club para nosotras?

Si supieran la cantidad de sensaciones y la mezcla de emociones que nos inunda cada vez que escuchamos la palabra Club.

Es el lugar donde dejamos un poco de nosotras en cada entrenamiento, cada vez que vamos, cada vez que caminamos esas diez cuadras interminables, a veces solas, a veces con otras, a veces con risas y a veces apuradas.

El lugar de pertenencia de cada una, nuestro lugar, donde nos juntamos para hacer y aprender lo que mejor sabemos, o lo que más nos gusta.

El lugar en el cual llegamos de una manera y nos vamos de otra, donde llegamos mal y nos vamos con una sonrisa de oreja a oreja, o al revés, pero siempre, siempre, aprendemos algo nuevo. Y cada vez que nos encontramos la familia crece, crece cuando una compañera te pregunta “¿qué te pasa que tenés esa cara?”, crece cuando los profes nos explican algo y logramos entenderlo, crece cuando no nos salió ese pase que tan fácil parecía y nos frustramos, crece también cuando llega el fin de semana y leemos esa lista de citadas con tanta emoción y nervios de no saber si estamos o no. Crece Ferro, crecen nuestros colores, las ganas de seguir defendiendo esa camiseta tan linda, crece cada una de nosotras en cada entrenamiento, crecemos juntas.

Nos damos cuenta de todos los esfuerzos que hicimos, las cosas que dejamos de hacer por ésto y lo que tuvimos que



agregar a nuestra rutina, por esta pasión tan hermosa, entendiendo que es una lucha constante de todos los días para que este deporte y esta historia que vamos cosiendo en el mundo siga creciendo.

Y sí, estamos seguras de que esa adrenalina y locura por este deporte se va a seguir contagiando, porque lo peor ya lo pasamos cuando éramos unas niñas y nuestros amigos no querían que una mujer se divierta jugando al fútbol, cuando nuestros papás y mamás se decepcionaban al descubrir que lo que nos hacía feliz era jugar con la pelota, cuando nuestras abuelas se indignaban al ver nuestras rodillas llenas de moretones.

Entonces decidimos que eso ya no pasa más, que una nena que decida jugar al fútbol porque le gusta y le hace bien tenga el derecho y la posibilidad de tener un Club cerca y poder jugar siendo feliz, sin discriminación alguna.

Pero al fin y al cabo creemos que esto es Ferro, una familia, un colectivo de jugadoras que además de superarnos nosotras mismas, ayudamos a esa compañera que también necesita de nosotras.

Todo esto significa el Club para nosotras. Nuestra casa, nuestro lugar, nuestra pasión por Ferro.

Victoria Crivelli

EL MEJOR LUGAR PARA ESTAR

Muchas veces me preguntaron qué es Ferro para mí. No tengo historia para contar que no tenga que ver con Ferro. Absolutamente todo lo que me pasó en la vida nace o termina ahí.

Mi abuelo me hizo socia del club apenas nací. Mi infancia en el club transcurrió entre la escuelita de natación, el centro deportivo y la búsqueda de un deporte que me gustase teniendo como prioridad, por parte de mis papás, que sea un deporte en equipo.

Un día me encontré con el handball. Al principio solo se trataba de algunas tardes en el patio de la sede para divertirme un rato. El verano siguiente me acerqué a la captación del equipo federado y ahí me quedé. Tuve la suerte de crecer en el playón más lindo del mundo, rodeada de personas que fueron y son de suma importancia en mi vida. El playón fue el punto de partida para soñar con todo lo que vino después. Ganar el primer título al lado de mis amigas, jugar en la selección, y el sueño de mi vida: participar de un Juego Olímpico. Todo empezó en el playón. Soy muy agradecida al club por haberme mostrado cuál es mi pasión y por acercarme a cada una de las metas deportivas que me puse o que me fue poniendo la vida. Pero más agradecida soy por la gente que conocí, por los valores que me enseñaron, y por ese sentido de pertenencia que aprendí a poner por sobre todas las cosas.

Tengo el privilegio de defender la camiseta verde todos los



fines de semana, con la convicción de saber lo que representa. Ferro es nuestra historia, nuestros amigos, nuestro amor y desamor también. Ferro es las frustraciones deportivas, los festejos más sentidos, las ilusiones de cada año, la resignación, los años malos, el renacer, y el querer siempre un poquito más por el club y para el club.

Ferro tiene algo único y es que siempre querés estar ahí, y querés estar ahí porque en Ferro nunca estás solo. Todos nos conocemos, todos en algún momento nos vimos, quizás hasta nos abrazamos o intercambiamos alguna risa o algún comentario. Y además tenemos eso que nos diferencia de los demás. A nosotros, los de Ferro, se nos pone la piel de gallina con el Etchart lleno, nos emocionamos hasta las lágrimas con la Fiesta del Color, y se nos infla el pecho de orgullo cuando en una tarde de fútbol vemos el barrio colmado de camisetas verdes.

En tiempos donde el valor de la identidad es tan difícil de encontrar, donde muchos se identifican por el odio hacia algo o alguien, en Ferro nos identificamos por el amor al barrio, a la camiseta y a los colores. Este club nos hace sentir parte de algo, nos hace sentir cómodos, felices y en casa. Por eso, a quien me pregunte, no tengo dudas: Ferro es siempre el mejor lugar para estar.

Myriam Miragaya

MI TERCER TIEMPO. MI VIDA.

A vos, mi club, te conocí a los 4 añitos... El Trencito Verde fue mi primer jardín. Claro, mis padres te eligieron por mí en aquel entonces, pero de ahí en más yo te elegí, año tras año.

No puedo dejar de mencionar las Vacaciones Alegres y las colas de madrugada que hacía mi mama para inscribirme. Ferro era el más grande y la Colonia era la mejor. El anexo y el Tenis también fueron parte de mi historia. Hasta que mi pasión encontré y el Handball de Ferro me dio mis amigas y las mejores enseñanzas para la Vida. Esfuerzo. Pasión. Sacrificio. Satisfacción. Dolor. Alegrías, entre otras palabras... Enormes sonrisas desde el corazón.

Gracias Ferro por la gloriosa década del '80 que me regalaste. Gracias Handball, porque me enseñaste a trabajar en equipo y a pelearla. Gracias Amigas por tanto entrenamiento y por cada palabra, por cada viaje en el 147 de Mane, por las tortas de manzana de Polvorines.

Y estos vales que nos regalaba el Club después de cada partido, eran la gloria, eran el tercer tiempo de Ferro.



FERROCARRIL OESTE





FERROCARRIL OESTE

SUBCOMISIÓN DE MUJERES

Este libro es un reflejo de lo heredado, de lo elegido y de lo apasionante. Son las voces de nuestras protagonistas, sus historias más sentidas y sus más cálidos recuerdos. En estas hojas hay deporte, sueños, colonia de verano, tribuna y playón. Hay valores únicos transmitidos de generación en generación. Y hay un espacio de privilegio para las mujeres. Para que, en este 115 aniversario, sean ellas también reconocidas por haber trazado esta historia. La sangre es verde.

**Subcomisión de Mujeres
Club FERROCARRIL OESTE**

#MujeresVerdolagas



FERROCARRIL OESTE